
UNA NOVELA ROSETTI
LETHAL
grace
PIA SINCLAIR

LETHAL GRACE

PIA SINCLAIR

© 2025 Pia Sinclair.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción.

Primera edición.

Table of Contents

1. 1 - Enzo
2. 2 - Anya
3. 3 - Enzo
4. 4 - Enzo
5. 5 - Anya
6. 6 - Enzo
7. 7 - Anya
8. 8 - Epílogo: Enzo

1 - Enzo

La gala de la familia Rosetti se supone que es un asunto de rutina. Políticos en trajes de miles de dólares estrechando la mano de hombres que podrían hacerlos desaparecer. Un encanto del viejo mundo que enmascara una brutalidad del nuevo mundo. Nada que no haya visto cientos de veces.

El aire está cargado de colonias caras y del penetrante olor a whisky mientras me ajusto los gemelos. El peso de la pistolera en el hombro me presiona las costillas, un recordatorio constante de lo que realmente soy bajo el traje a la medida.

Rafe me acorrala veinte minutos antes de que lleguen los primeros invitados, sus pasos resonando en el suelo de mármol del salón de baile alquilado. Su expresión tiene ese peso particular que significa que mi noche se acaba de complicar.

—Necesito que te encargues de la protección —dice sin preámbulos—. Un invitado VIP. Ocúpate personalmente.

Me apoyo en una columna de mármol, la piedra fría se filtra a través de mi saco. El recinto privado se extiende tras él: candelabros de cristal que arrojan una luz cálida sobre la mampostería pulida, cortinas de terciopelo de un borgoña profundo, mesas puestas con cubiertos relucientes. Todo está diseñado para que la gente peligrosa se sienta civilizada por una noche.

—¿Desde cuándo hago de niñera? —La pregunta sale más áspera de lo que pretendía, mi garganta todavía irritada por el whisky de anoche. Rafe conoce mis preferencias. Yo me ocupo de los problemas que requieren soluciones permanentes, no de niñas bonitas que necesitan que les sostengan la mano.

—Desde que nuestros amigos rusos decidieron honrarnos con su princesa —responde, su voz con el peso diplomático que evita que las alianzas se disuelvan en un baño de sangre—. Anya Mikhailov. La hija de Viktor. Está aquí como un gesto de buena fe.

Viktor Mikhailov. Solo el nombre hace que se me tense la mandíbula. El jefe de la Bratva que controla todo desde Brighton

Beach hasta el distrito de los diamantes, cuya palabra puede iniciar guerras o ponerles fin. Si su hija asiste a nuestra gala, significa más que una simple cortesía social.

—¿Cuál es la verdadera razón por la que está aquí? —pregunto, aunque una parte de mí ya lo sabe. En nuestro mundo, las hijas hermosas son una moneda de cambio, intercambiadas entre familias para sellar acuerdos que no pueden firmarse con sangre.

—Digamos que se están discutiendo ciertos matrimonios —dice Rafe con cuidado—. Entre nuestras organizaciones. Viktor quiere asegurarse de que su inversión sea debidamente… apreciada.

La implicación me revuelve el estómago. Una princesita mimada exhibida como una yegua de concurso, parpadeando mientras hombres hechos y derechos negocian su futuro entre champaña y caviar. Ya lo he visto antes: hijas de la mafia criadas como adornos, hermosas e inútiles y completamente inconscientes de la violencia que financia su ropa de diseñador.

—No cuido niñatas mimadas —repito. Mis dedos tamborilean contra mi muslo—. Dáselo a alguien que disfrute haciendo de niñera de niñitas con derechos.

—Se lo estoy encargando al hombre en quien más confío —corrige Rafe, su tono agudizándose con una autoridad que me recuerda por qué es el ejecutor de la familia—. Vigílala. Mantenla a salvo. ¿Y, Enzo? —Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad láser—. Solo mira. No toques.

La advertencia da justo en el blanco. Rafe conoce mi reputación, mis reglas, mi rotunda negativa a dejar que los negocios se mezclen con algo personal. Las mujeres son complicaciones que no puedo permitirme en un mundo donde la debilidad te cuesta la vida.

—Entendido —digo, aunque la irritación me quema en el pecho. Una noche viendo a una princesita mimada sonreír a hombres que destriparían a su padre por el precio adecuado. Perfecto.

Tomo mi posición cerca de la gran entrada, girando los hombros para ajustar el peso de mi pistolera. El aroma de las flores frescas se mezcla con la madera pulida y el sutil calor de las velas que parpadean en candelabros de cristal. La sala vibra con el murmullo del personal de catering y de seguridad haciendo las últimas comprobaciones.

Los primeros invitados comienzan a llegar, las puertas se abren para admitir un torrente de la élite de Manhattan. Escaneo rostros

que pertenecen a archivos del gobierno y a bases de datos criminales internacionales. Senadores que votan según les dicta el dinero. Directores ejecutivos cuyas empresas existen para lavar sangre y convertirla en inversiones limpias. Todos sonriendo como si no estuvieran nadando con tiburones.

Entonces entra ella.

Lo primero que noto no es su belleza, aunque, Cristo, es lo suficientemente hermosa como para detener el tráfico. Es su forma de moverse. No el paso seguro de una mujer acostumbrada a ser deseada, sino algo completamente distinto. Una gracia fluida que habla de años de entrenamiento, disciplina, control sobre cada músculo y movimiento.

Viste de negro; simple, elegante, caro, sin ser ostentoso. El tipo de vestido que susurra en lugar de gritar, perfectamente entallado para complementar una figura que es delicada pero fuerte. Delgada como una bailarina, toda líneas alargadas y una postura cuidada. La seda atrapa la luz a medida que se mueve, revelando sutiles curvas bajo el corte recatado.

Pero es su rostro lo que me hace detenerme. Pómulos altos, ojos pálidos que atrapan la luz del candelabro, cabello rubio cobrizo recogido en un moño perfecto que acentúa la curva de cisne de su cuello. Parece salida de una pintura renacentista, toda belleza etérea y elegancia intocable.

Se me seca la boca. Trago saliva, molesto por mi propia reacción.

Lo segundo que noto es el miedo.

Lo esconde bien: una sutil tensión en sus hombros, la forma en que sus ojos recorren la sala como si estuviera catalogando amenazas en lugar de admirar el lugar. Su sonrisa es perfecta, pero nunca llega a sus ojos. Esta no es una mujer que se sienta cómoda con la atención que está atrayendo.

Esa debería haber sido mi primera advertencia. Las princesas de la mafia no conocen el miedo. Lo suyo es el derecho adquirido, la manipulación y la crueldad casual envuelta en seda de diseñador. Sonríen porque saben que el dinero de sus papis las hace intocables.

Esta mujer parece tener miedo de que la toquen.

Veo a Viktor Mikhailov acercarse a ella, su enorme complexión moviéndose con una gracia sorprendente para un hombre construido como una máquina de asedio. El suelo parece vibrar bajo sus pesados pasos. Cuando él le pone una mano en el hombro, ella se estremece;

apenas perceptible, pero he pasado años leyendo microexpresiones que marcan la diferencia entre la vida y la muerte.

Algo no anda bien entre ellos. No solo la tensión que se espera entre un jefe del crimen y su hija, sino un fallo fundamental en la dinámica. La sonrisa de Viktor es demasiado calculada, su agarre demasiado controlador para alguien que saluda a su propia sangre.

—Anya, querida —la voz de Viktor resuena en el mármol con una calidez que no llega a sus ojos—. Ven a conocer a nuestros anfitriones.

Ella avanza con esa misma gracia fluida, aceptando las presentaciones con una cortesía perfecta que no revela nada y lo revela todo. Sí, es hermosa. Sí, sabe cómo interpretar su papel. Pero bajo la pulida superficie, vislumbro algo más.

Inteligencia. Conciencia. La particular agudeza que proviene de sobrevivir a situaciones en las que una palabra equivocada podría tener consecuencias permanentes.

Cuando Domenico le besa la mano a modo de saludo, ella sonríe con la cantidad justa de calidez: amistosa pero no coqueta, agradecida pero no ansiosa. Cuando el senador Morrison elogia su vestido, ella le da las gracias con la gracia suficiente para ser educada sin alentar más conversación.

Está actuando. Cada gesto, cada respuesta, cada sonrisa cuidadosamente modulada es un acto calculado, diseñado para navegar en aguas peligrosas sin levantar olas.

Ahí es cuando me doy cuenta de que no es una princesa mimada en absoluto. Es mucho más peligrosa: una mujer que ha aprendido a sobrevivir en un mundo que la destruiría si mostrara alguna debilidad.

El reconocimiento me invade. Conozco esa particular clase de compostura cuidadosa porque yo mismo la he perfeccionado. La habilidad de convertirte en lo que la situación requiere mientras mantienes tu verdadero yo bajo llave, donde no pueda ser usado en tu contra.

Ella no es como las demás. Eso la hace completamente inofensiva o absolutamente letal.

Apuesto a que es letal.

A medida que avanza la noche, mantengo una distancia profesional mientras sigo sus movimientos por el salón de baile. El tintineo de las copas de cristal y el murmullo de las conversaciones

me sirven de cobertura mientras me acerco y luego me alejo, siempre manteniéndola a la vista. Baila cuando la invitan, pero nunca dos veces con la misma pareja. Bebe champaña, pero nunca termina una copa. Se ríe de chistes que no tienen gracia y elogia vestidos que son horrendos.

Una actuación social perfecta que no revela nada sobre la mujer que hay debajo.

Cuando Domenico anuncia que el entretenimiento de la noche incluirá una actuación especial de ballet por cortesía de nuestros invitados rusos, una expresión cruza su rostro. Alivio, quizás incluso expectación. Por primera vez, su sonrisa parece genuina en lugar de ensayada.

Se escabulle de la multitud principal y se dirige hacia el balcón. Sus tacones negros repiquetean suavemente contra el mármol mientras se mueve. Buscando aire o soledad o quizás solo un escape del peso sofocante de tantos hombres peligrosos estudiándola como si fuera una oportunidad de inversión. La sigo a una distancia discreta, manteniendo la protección mientras le doy su espacio.

El aire fresco de la noche me envuelve al salir al balcón. Los sonidos de la gala se desvanecen, reemplazados por el tráfico distante y el suave susurro de las hojas de primavera. Las luces de la ciudad pintan de plata su vestido negro, y por un momento parece menos una princesa de la mafia y más una frágil mortal que se ha alejado demasiado de la seguridad.

Cuando cree que nadie la está mirando, sus hombros se hunden ligeramente. La postura perfecta se relaja lo justo para revelar su agotamiento. Cierra los ojos y respira hondo, como si estuviera robando momentos de paz antes de volver a la actuación.

Ahí es cuando se da cuenta de que la estoy observando.

Nuestros ojos se encuentran a través del balcón, y su máscara se cae por un instante. No es cálculo ni manipulación, sino una sorpresa genuina al ser observada en un momento de vulnerabilidad. Luego la compostura regresa, deslizándose de nuevo en su lugar como una armadura.

—Usted debe de ser mi niñero —dice, su voz con un ligero acento que hace que hasta las palabras más casuales suenen musicales—. Mi padre mencionó que habría… seguridad.

La palabra sale con suficiente disgusto como para sugerir que no está encantada de requerir protección. Bien. Las princesas con

derechos que exigen un trato especial son insufribles. Pero, ¿mujeres que resienten necesitar guardaespaldas? Eso sugiere a alguien que valora la independencia.

—Enzo Rosetti —respondo, acercándome pero manteniendo una distancia respetuosa. El aroma de su perfume me llega, sutil, con notas de vainilla y jazmín—. Y no hago de niñero. Me encargo de la seguridad de los activos que importan.

—Activos —ella prueba la palabra, considerándola inadecuada. Sus labios se curvan en una leve sonrisa que no llega a sus ojos—. Qué halagador.

—¿Prefiere un término diferente? —doy un paso más, atraído por ella a pesar de mí mismo. La luz de la luna se enreda en su cabello, convirtiendo el cobre en plata.

—Preferiría no necesitar ninguno —dice con una honestidad que me toma por sorpresa—. Pero supongo que no siempre conseguimos lo que preferimos.

Hay algo en su tono, una resignación mezclada con desafío, que me hace estudiar su rostro con más atención. De cerca, puedo ver detalles que la distancia había ocultado. La forma en que sus manos tiemblan ligeramente antes de entrelazarlas. La manera cuidadosa en que se contiene, como alguien acostumbrado a que cada uno de sus movimientos sea escrutado.

Una brisa le levanta un mechón de cabello, y ella lo vuelve a colocar en su sitio con precisión ensayada. Siento un picor en los dedos por tocarlo, por descubrir si es tan suave como parece. En lugar de eso, cierro la mano en un puño.

—Me han dicho que actúa esta noche —digo, eligiendo mis palabras con cuidado. Su postura, sus movimientos fluidos, habían sugerido que era bailarina mucho antes del anuncio.

—Sí —por primera vez, su expresión muestra una emoción genuina: un destello de pasión rápidamente oculto—. *El lago de los cisnes*. Una variación.

—La muerte del cisne —observo, ganándome una mirada de sorpresa.

—¿Sabe de ballet? —se vuelve para mirarme de frente, esos ojos pálidos estudiándome con un nuevo interés.

—Sé lo suficiente como para apreciar la habilidad —me apoyo en la barandilla del balcón, dándole espacio deliberadamente. La piedra

está fría bajo mis palmas—. Y he oído que esta actuación fue organizada específicamente para esta noche.

Ella desvía la mirada, su expresión se ensombrece. Aprieta los dedos en la barandilla hasta que sus nudillos se ponen blancos. —Todo lo de esta noche fue… específicamente organizado.

La amargura en sus palabras me golpea. No es petulancia ni autocompasión, sino el reconocimiento lúcido de lo que representa exactamente su presencia en esta gala. Sabe que está siendo evaluada como material matrimonial, y odia cada segundo de ello.

—Por si sirve de algo —digo en voz baja—, lo está manejando mejor de lo que la mayoría lo haría.

—Práctica —responde con una sonrisa que encierra años de sabiduría ganada a pulso—. He tenido mucha práctica siendo lo que otras personas necesitan que sea.

La admisión queda suspendida entre nosotros como una confesión, y me doy cuenta de que sea cual sea el juego al que esté jugando la hija de Viktor Mikhailov, es mucho más complejo que la simple supervivencia. No solo está actuando para estos hombres, está protegiendo algo. Una parte esencial de sí misma que no dejará que toquen, sin importar cuánto paguen o amenacen.

Se estremece ligeramente en el aire nocturno, y me descubro queriendo ofrecerle mi saco, envolverlo alrededor de esos delicados hombros. El impulso me sorprende; no soy el tipo de hombre que hace gestos galantes.

Antes de que pueda responder, la voz de Viktor retumba desde el salón de baile a nuestras espaldas.

—¡Anya! Ven, querida. Hay gente que tienes que conocer.

La máscara vuelve a su sitio al instante, la belleza etérea reemplazando la aguda inteligencia que había vislumbrado. Se alisa el vestido, se arregla el pelo y se prepara para volver a la actuación que determinará su futuro.

—El deber llama —dice con una resignación que me oprime el pecho.

Al pasar a mi lado, su brazo roza el mío; el contacto más breve, fugaz. Pero envía una corriente eléctrica por mi brazo, una sacudida de conciencia que no tiene cabida en un servicio de protección profesional.

La veo desaparecer entre la multitud de depredadores y políticos, aceptando su atención con perfecta compostura mientras sus ojos

permanecen cuidadosamente vacíos. La función continúa, pero ahora sé lo que hay debajo.

Y que Dios me ayude, quiero ver más.

La advertencia de Rafe resuena en mi mente: *Solo mira. No toques.*

Pero mientras sigo a la supuesta hija de Viktor Mikhailov de vuelta al salón de baile donde hombres peligrosos la evalúan como una mercancía, me doy cuenta de que algunas reglas están hechas para romperse.

La pregunta es si soy lo suficientemente estúpido como para romperlas por una mujer que podría estar jugando un juego que no entiendo.

Solo hay una forma de averiguarlo.

2 - Anya

El cuarto de almacenamiento al que llaman mi «camerino» huele a limpiador de pisos y a perfume viejo. Me estiro en la barra que atornillaron a la pared, con los músculos tensos por haber estado de pie demasiado tiempo con unos tacones prestados. El espejo —agrietado en una esquina— refleja a una mujer que apenas reconozco.

Cabello liso, rubio cobrizo. Maquillaje perfecto. El vestido negro no es mío, por supuesto. Nada lo es. Ni los diamantes en mi garganta ni el nombre que estoy usando esta noche.

Estiro la mano hacia atrás y bajo el cierre del vestido negro recto, dejándolo amontonarse a mis pies, y tomo el vestido suelto de tul en tono durazno pálido que usaré para bailar.

—Veinte minutos para su actuación, señorita Mikhailov —dice Ivan, el director de la compañía—. No se molesta en tocar. Nunca lo hace. Sus ojos me recorren en ropa interior con la evaluación clínica a la que me he acostumbrado: no como mujer, sino como una inversión.

Resisto el impulso de cubrirme el cuerpo con el tul.

—Necesito calentar bien —digo.

—No hay tiempo. Viktor la está buscando —la voz de Ivan se convierte en un susurro—. Recuerde lo que le dije. Sonría, sea encantadora, no hable demasiado. Solo supere esta noche y la compañía obtendrá fondos para otra temporada.

Me pongo el nuevo vestido por la cabeza y dejo que caiga hasta la mitad de mi muslo, luego empiezo a calentar. A pesar de la ansiedad que me revuelve el estómago, mi cuerpo se mueve con la precisión que quince años de entrenamiento de ballet han grabado en mi memoria muscular.

—Soy bailarina, no actriz —las palabras salen más cortantes de lo que pretendía, pero tengo los nervios de punta—. Se suponía que iba a actuar, no a fingir ser la hija de alguien.

El rostro de Ivan se endurece. —¿Katya está demasiado borracha para ponerse de pie. ¿Qué se suponía que hiciera? ¿Decirle a Viktor Mikhailov que anunciara a toda la sala que su preciosa hija no se dignó a aparecer en su evento?

Me trago la respuesta que se forma en mi lengua. Ambos sabemos lo que le pasa a la gente que decepciona a hombres como Viktor Mikhailov. Las compañías de ballet no solo pierden su financiamiento; las bailarinas desaparecen. Especialmente las prescindibles como yo, sin conexiones familiares y con visas temporales.

—Entiendo —digo, alisando el vestido con manos temblorosas—. Pero no puedo seguir haciendo esto. Cada vez que me presenta a alguien, me aterroriza que sepan que no soy ella.

—Nadie sabe cómo es Anya Mikhailov —dice Ivan con desdén—. Lleva años en Suiza. Limítese a decir sí y no, luzca bonita y todo saldrá bien.

—¿Y la actuación?

—Veinte minutos, centro del escenario. La pieza que ensayó —revisa su reloj—. Viktor la quiere en el salón principal ahora. Hay gente que conocer.

Más gente. Más mentiras. Más hombres aterradores con ojos fríos que evalúan a las mujeres como si fueran caballos de carrera.

—Vaya —me apremia Ivan, prácticamente empujándome hacia la puerta—. Y recuerde, la renovación de su visa depende de que esta noche salga bien.

La amenaza no es sutil. En dos semanas, mi permiso de trabajo expira. Sin el patrocinio de la compañía, me enviarán de vuelta a San Petersburgo, de vuelta a una vida de la que escapé a un gran costo personal.

Enderezo la espalda, levanto la barbilla y salgo al pasillo. La transformación no es solo física, es un mecanismo de supervivencia que he perfeccionado desde la infancia. Cuando la vida se vuelve insoportable, me convierto en otra persona. Esta noche, soy Anya Mikhailov, hija de un jefe de la Bratva, intocable y preciosa.

No Anya Petrova, bailarina reemplazable del cuerpo de baile con papeles a punto de expirar.

El Gran Salón del Manhattan se ve aún más intimidante que antes. Ya he pasado una hora abriéndome paso entre hombres poderosos y sus miradas calculadoras, incluyendo mi breve escape al

balcón donde conocí a Enzo Rosetti. Ese momento de honestidad parece que le ocurrió a otra persona.

Viktor está de pie cerca de la escalera principal, inmerso en una conversación con hombres cuyos trajes gritan dinero y poder. Sus ojos me encuentran de inmediato, fríos y evaluadores a pesar de la cálida sonrisa que fuerza en su rostro.

—Ahí está —llama, su acento más marcado que antes—. Demasiado vodka. Se me retuerce el estómago. Un Viktor borracho es un Viktor impredecible—. Ven, mi preciosa hija.

Me acerco con gracia, con cuidado de mantener mi expresión neutra. Viktor sabe que no soy su hija, obviamente; no nos conocíamos antes de esta noche. Pero está interpretando su papel con una convicción aterradora, y la dinámica de poder es clarísima: soy un accesorio en su juego, nada más.

—Caballeros —dice, su mano posándose en mi hombro con un peso posesivo—, mi Anya actuará para nosotros esta noche. Un arreglo especial con los Rosetti; el mejor ballet que verán fuera del Mariinsky.

Sus dedos se clavan en mi piel, una advertencia silenciosa. Sigue el juego o atente a las consecuencias.

—Señorita Mikhailov —la voz familiar atraviesa mi ansiedad—. Enzo se materializa a mi lado, su presencia de alguna manera creando un espacio entre Viktor y yo—. Espero que se haya recuperado del viaje. Las vistas de Central Park pueden ser abrumadoras para quienes nos visitan por primera vez.

La referencia a nuestra conversación anterior en el balcón viene acompañada de una mirada que hace que se me acelere el pulso. Está reconociendo nuestro momento privado mientras mantiene las apariencias para los demás.

—Sí, gracias —logro decir, agradecida por el momentáneo respiro del agarre de Viktor—. La vista fue inesperada.

Algo parpadea en los ojos de Enzo: reconocimiento, quizás comprensión. —El senador Morrison estaba preguntando por usted —dice, alejándome sutilmente de Viktor—. ¿Quizás le gustaría continuar su conversación de antes?

La mano de Viktor se aprieta brevemente antes de soltarme. —Por supuesto —dice, demasiado fuerte—. Mi Anya es muy popular esta noche. Pero recuerda a quién perteneces, querida.

La amenaza no es sutil. Sonrío con tensión y permito que Enzo me guíe a través de la multitud.

—Gracias —susurro una vez que estamos fuera del alcance del oído de Viktor. El alivio me recorre como agua fresca; el agarre sofocante de Viktor es reemplazado por la presencia firme de Enzo. Mi piel todavía hormiguea donde Viktor me había apretado con demasiada fuerza, pero el recuerdo se desvanece con cada paso que me alejo de él.

—¿Por qué? Solo estoy haciendo mi trabajo —pero sus ojos son cálidos, más personales que sus palabras—. En realidad, el senador está al otro lado del salón, por si te lo preguntabas.

—No lo hacía —admito, permitiéndome una sonrisa genuina—. Pero te agradezco el rescate.

Enzo me conduce hacia un rincón más tranquilo del salón, un pequeño nicho parcialmente oculto por cortinas de terciopelo. La luz de los candelabros de cristal se suaviza aquí, y el tintineo de las copas y las risas forzadas se desvanecen en un suave murmullo. Mi corazón se calma por primera vez desde que entré al salón.

—Parecías necesitar un momento —dice, posicionándose donde puede vigilar el salón mientras me da espacio para respirar. A diferencia de otros hombres esta noche, se para cerca sin agobiarme, protector sin ser posesivo—. Viktor Mikhailov es intenso.

Me río a mi pesar. —Esa es una forma de decirlo.

—Se me ocurren otras, pero ninguna apropiada para la compañía presente —su tono seco hace que la tensión en mis hombros se alivie un poco.

—No pareces impresionado por él —observo, estudiando el rostro de Enzo. Después de una noche de hombres desviviéndose por complacer a Viktor, su indiferencia es refrescante.

—No me impresiono fácilmente.

—¿Por nadie? —me encuentro preguntando, curiosa por saber qué mueve a un hombre como él.

Sus ojos se encuentran con los míos, y la intensidad en ellos me corta la respiración. —Noto la calidad cuando la veo.

—¿Y qué ves cuando me miras? —la pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla, más vulnerable de lo que pretendía.

—A alguien que no pertenece aquí —dice en voz baja—. Y no lo digo como un insulto.

La observación se acerca más a la verdad de lo que él podría imaginar. No soy la hija de Viktor. No pertenezco a este mundo de riqueza, violencia y juegos de poder. Soy una impostora con un vestido prestado, interpretando un papel que podría costarme la vida si alguien descubre la verdad.

—Estás más callada de lo que esperaba —dice Enzo, su voz más suave de lo que un hombre como él tiene derecho a tener—. Después de nuestra conversación en el balcón.

Lo estudio como es debido, ahora que estamos lejos de miradas indiscretas. Alto, moreno y peligroso, como los hombres que no necesitan anunciar su poder. Su traje le queda perfecto sobre sus hombros anchos, pero es su rostro lo que me atrapa, líneas duras suavizadas por ojos que no se pierden de nada. Una cicatriz atraviesa una de sus cejas, el único defecto en facciones que parecen sacadas de monedas antiguas.

A diferencia de los otros hombres que me han observado toda la noche, la mirada de Enzo no me desnuda ni evalúa mi valor. Simplemente me ve, con una concentración tan completa que me calienta la piel. Sus manos, noto, son fuertes pero cuidadosas. No son las manos suaves de un hombre que nunca ha trabajado, sino las manos controladas de alguien que entiende precisamente cuánto daño podría infligir y elige la contención en su lugar.

—Tú tampoco eres lo que esperaba —respondo, la honestidad abriéndose paso a través de mis muros cuidadosamente construidos.

—¿Y qué esperabas? —se apoya contra la pared, dándome espacio mientras, de alguna manera, hace que el nicho se sienta más pequeño.

—Alguien más tosco. Menos observador.

Su sonrisa transforma su rostro, suavizando los bordes duros en algo casi juvenil. —La mayoría de la gente no nota eso de mí.

—Yo me fijo en todo —digo simplemente—. Así es como sobrevivo.

La confesión queda suspendida entre nosotros, más honesta que cualquier cosa que haya dicho en toda la noche. Por un momento, creo que he revelado demasiado, que he mostrado a la verdadera Anya escondida bajo la hija de Mikhailov.

Pero Enzo solo asiente, como si mis instintos de supervivencia tuvieran perfecto sentido para él. —Inteligente —dice—. En nuestro mundo, los que no prestan atención no duran mucho.

Nuestro mundo. La frase me deja un hueco en el pecho. Este no es mi mundo, solo estoy fingiendo que lo es, aferrándome a la protección temporal de un nombre prestado.

—¿Alguna vez te molesta? —pregunto, la pregunta surgiendo antes de que pueda detenerla.

—¿El qué?

—Esto —hago un gesto hacia la gala, la riqueza, los hombres cerrando tratos que arruinan vidas—. Todo.

Me estudia con una intensidad que me hace sentir vista de maneras que no puedo permitirme. Sus ojos se entrecierran ligeramente, un músculo en su mandíbula se tensa antes de responder. Por un breve momento, el cuidadoso control se desvanece y vislumbro algo genuino bajo su exterior profesional, un destello del hombre detrás del ejecutor.

—A veces —admite, la palabra cargada de un peso que no esperaba—. Pero no elegimos las familias en las que nacemos, princesa. Solo lo que hacemos con las cartas que nos tocan.

La ironía de su afirmación, dirigida a una mujer que finge ser quien no es, casi me hace reír. En cambio, me descubro deseando contarle la verdad, romper la ilusión y ver si todavía me miraría de la misma manera si supiera que no soy nadie.

Antes de que pueda hablar, Ivan aparece al borde del nicho, con expresión tensa. —Señorita Mikhailov, es hora. La están anunciando ahora.

La realidad vuelve a estrellarse contra mí. La actuación. La razón por la que estoy aquí, después de todo.

—Debería irme —digo, reacia a abandonar el extraño santuario que Enzo ha creado.

—Estaré observando —responde, y su tono hace que se me erice la piel de pura conciencia. La calidez en su voz se extiende por mi cuerpo, nada que ver con la fría evaluación que he recibido de otros esta noche.

—¿La actuación?

—A ti —la simple palabra contiene capas que no puedo descifrar por completo—. Te estaré observando a ti, princesa.

Quiero tener miedo. Un hombre como él centrando su atención en una mujer como yo es sinónimo de peligro. En cambio, siento expectación. Un calor florece en la parte baja de mi vientre y mi

pulso se acelera de una manera que no tiene nada que ver con el miedo.

Por primera vez en años, quiero que me vean. No como una bailarina del cuerpo de baile o un número de visa o una impostora con diamantes prestados. Sino como yo misma, quienquiera que sea bajo las capas de actuación que he construido para sobrevivir.

—Bien —digo, encontrando su mirada sin pestañear. Mi voz sale más ronca de lo que pretendía—. Fíjate bien, señor Rosetti. Podrías sorprenderte con lo que veas.

Sus ojos se oscurecen ante mis palabras, sus pupilas se dilatan ligeramente. El espacio entre nosotros parece contraerse, el aire se vuelve más denso. Ninguno de los dos se acerca, pero un hilo invisible nos conecta a través de la pequeña distancia.

Mientras sigo a Ivan hacia el centro del salón, donde han despejado un espacio para mi actuación, siento los ojos de Enzo siguiéndome. No con el hambre a la que me he acostumbrado de los hombres poderosos, sino con una curiosidad que se siente casi como respeto.

Durante los próximos seis minutos, bailando la variación de Odette, no estaré mintiendo. La danza es real, lo único verdadero que tengo para ofrecer en una noche construida sobre el engaño.

Y tal vez, solo tal vez, Enzo Rosetti vea más allá de la princesa a la mujer que hay debajo.

La idea me aterroriza y me emociona a partes iguales.

Mientras me muevo hacia mi posición inicial, capto su mirada al otro lado de la sala. Se mantiene alejado de los otros invitados, con su atención centrada por completo en mí. A diferencia de ellos, no está viendo una mercancía o un entretenimiento, me está viendo a mí. La diferencia hace que mi piel hormiguee.

Si mi engaño se descubre esta noche, sé lo que pasará. Viktor se asegurará de que no vuelva a bailar. La visa desaparecerá. Y cosas peores me esperan de vuelta en San Petersburgo. Pero durante estos seis minutos, con la mirada de Enzo anclándome, nada de eso importa.

Bailaré la verdad.

3 - Enzo

Las luces se atenúan en todo el salón de baile. Las conversaciones se desvanecen en murmullos expectantes mientras un único foco atraviesa la oscuridad, iluminando un círculo vacío en el pulido suelo de parqué. El aroma a rosas y bourbon flota en el aire, mezclándose con perfumes caros y la sutil corriente de poder que define estas reuniones.

Me coloco contra la pared del fondo, un punto estratégico perfecto para vigilar tanto el espacio de la actuación como las salidas de la sala. Detalle de seguridad, nada más. Al menos eso es lo que me digo a mí mismo mientras espero que aparezca.

Cuando entra en la luz, el salón queda en silencio.

Se coloca en posición con la misma gracia fluida que noté antes, pero ahora con una determinación que la transforma. El tul de color durazno pálido flota alrededor de sus muslos mientras ocupa su lugar bajo el foco. El corpiño es sencillo pero elegante, exhibiendo la fuerza magra de un cuerpo forjado por años de disciplina. Su cabello ha sido liberado de su apretado moño, recogido en un peinado más suelto que enmarca su rostro con mechones de color cobre dorado.

Pero son sus ojos los que me atrapan ahora, ya no cuidadosamente inexpresivos, sino llenos de vida con algo que no puedo nombrar. Por primera vez esta noche, la máscara ha desaparecido por completo.

La música comienza, una melodía sobrecogedora de las cuerdas que llena el espacio con una belleza melancólica. Ella adopta su posición inicial y me olvido de respirar.

Su primer movimiento es tan delicado que apenas perturba el aire. Los brazos se extienden con una precisión fluida, la columna se arquea para crear una línea tan perfecta que parece imposible. Se eleva en puntas, equilibrándose sobre nada más que las yemas de sus dedos y pura fuerza de voluntad.

He visto ballet antes, he llevado a mujeres a funciones cuando la situación requería cultura. He apreciado la habilidad técnica sin que

me conmoviera.

Esto es diferente.

No solo baila, se transforma. Cada movimiento cuenta una historia de dolor y anhelo, de una criatura atrapada entre dos mundos. Su cuerpo se convierte en un recipiente para el alma que va más allá de la técnica, más allá de la actuación. Cada extensión de su pierna, cada giro de su muñeca, cada expresión que cruza su rostro habla de un control perfecto y una entrega total.

La sala desaparece a mi alrededor. Los demás invitados se desvanecen en las sombras. Solo existe ella, moviéndose a través de la luz como si estuviera hecha de algo más que carne y hueso.

Cuando ejecuta una serie de movimientos rápidos, girando tan deprisa que el tul se convierte en una mancha borrosa, contengo la respiración. No solo por la perfección técnica, sino por las emociones visibles en su rostro. Ya no se esconde tras una cuidada neutralidad, sino que permite que el público lo vea todo: la determinación, la lucha, el triunfo, la desesperación.

Reconozco la historia. La muerte del cisne. Una criatura de belleza imposible que se enfrenta a su fin con dignidad y gracia. En su interpretación, hay un desafío que no estaba en la coreografía original, una negativa a someterse en silencio al destino.

El sudor brilla en su piel, su pecho sube y baja con respiraciones controladas que nunca interrumpen el flujo del movimiento. Desde tan cerca, puedo ver la fuerza necesaria para hacer que semejante brutalidad parezca no requerir esfuerzo, los músculos temblorosos, la intensidad concentrada, la forma en que supera el agotamiento hasta alcanzar la trascendencia.

En este momento, no es la hija de Viktor Mikhailov. No es la posesión o el premio de nadie. Es pura y completamente ella misma, y es lo más honesto que he visto en toda la noche.

A medida que la música se acerca a su clímax, ejecuta una última serie de movimientos que muestran tanto fragilidad como poder. Un salto que parece suspenderla en el aire, seguido de un colapso controlado que la lleva al suelo con una vulnerabilidad desgarradora.

La pose final, con los brazos extendidos como alas rotas y la cabeza inclinada en una rendición que, de alguna manera, todavía sugiere desafío, mantiene a la sala en un silencio perfecto. Durante el lapso de tres latidos, nadie se mueve ni respira.

Entonces estallan los aplausos, rompiendo el hechizo. Los invitados se abalanzan sobre ella con felicitaciones y elogios vacíos. Viktor se jacta a gritos del «talento de mi hija» mientras acepta cumplidos como si la habilidad de ella fuera, de algún modo, un logro suyo.

Yo permanezco contra la pared, observándola volver a meterse en el papel de princesa obediente. La máscara regresa, pero no del todo. Algo ha cambiado. Puedo verlo en la forma en que se comporta, una nueva confianza bajo la actuación, un núcleo de acero que antes no era visible.

Nuestras miradas se cruzan por encima de la multitud. Me ve observándola y, por un instante, su sonrisa cuidadosa se transforma, volviéndose genuina, un reconocimiento privado entre nosotros. Entonces la mano de Viktor se posa en su hombro y la conexión se rompe.

Me digo a mí mismo que aparte la mirada. Que recuerde la misión. Vigilar, no tocar. Proteger, no involucrarse. Pero no puedo desviar mi atención. Es magnética de una manera que no tiene nada que ver con la belleza y todo que ver con el atisbo de verdad que acabo de presenciar.

Las formalidades de la noche llegan a su fin. Los invitados comienzan a marcharse, la seguridad inicia las últimas revisiones y la pierdo de vista en el caos controlado de despedidas y contactos. Mis instrucciones son claras: asegurarme de que llegue a su auto a salvo y luego presentarme ante Rafe para informarle.

Sencillo. Profesional. Terminado.

Me dirijo al pasillo superior que conduce a la salida privada donde estará esperando el auto de Viktor. El corredor se extiende ante mí, todo líneas modernas y elegantes y un lujo discreto. Los paneles de vidrio de las paredes se iluminan desde dentro, proyectando una luz azul y fría que parece un mundo aparte de la cálida luz dorada del salón de baile. Los sonidos de la gala se desvanecen con cada paso, reemplazados por el suave zumbido de la ventilación del edificio y el lejano tintineo de las copas que se recogen abajo.

Ya debería estar aquí, escoltada por Ivan o uno de los hombres de Viktor. En cambio, el pasillo está vacío. Reviso mi reloj, la irritación crece en mí. Si se ha alejado, complica el protocolo de seguridad.

—¿Buscas a alguien?

Su voz llega desde detrás de mí, suave y ligeramente divertida. Me vuelvo y la encuentro apoyada contra la pared en un nicho sombreado, de nuevo con el vestido negro de antes. Su cabello ha vuelto a su moño severo, pero la bailarina permanece en su postura, la confianza natural, la sensación de habitar su cuerpo por completo.

—Se supone que debes estar con tu equipo de seguridad —digo, manteniendo mi tono profesional a pesar de la sacudida de calor al encontrarla sola—. Viktor te estará buscando.

—Viktor se fue con la delegación albanesa. —Se aparta de la pared y avanza hacia mí con esa misma gracia fluida que hace que incluso caminar parezca una coreografía—. Algo sobre una reunión privada con más en juego de lo que yo debería presenciar.

La información encaja. Viktor usando a su «hija» como un accesorio para el evento público, para luego excluirla del verdadero negocio. Procedimiento estándar en un mundo donde las mujeres son piezas de exhibición, no participantes.

—Aun así —digo—, el protocolo dicta…

—Protocolo. —Pone a prueba la palabra, considerándola insuficiente. Una sonrisa curva sus labios, genuina de una manera que sus expresiones públicas no lo fueron—. ¿Es lo único que te importa, señor Rosetti? ¿Seguir las reglas?

Se detiene justo frente a mí, lo suficientemente cerca como para oler su perfume, jazmín y vainilla, mezclado ahora con el sudor limpio del esfuerzo. De cerca, puedo ver las ligeras manchas en su maquillaje, la fatiga alrededor de sus ojos, la forma en que su pulso late visiblemente en la base de su garganta. La proximidad hace que sienta la piel demasiado tirante.

—Las reglas mantienen viva a la gente en nuestro mundo —respondo, aunque mi voz sale más áspera de lo que pretendía—. Importan.

—¿En serio? —Estudia mi rostro con una intensidad que hace que el calor me suba por el cuello—. ¿O solo son excusas convenientes para evitar complicaciones?

La pregunta me golpea con fuerza. He construido toda mi existencia en torno a reglas, límites que impiden que las emociones interfieran con el juicio, que evitan que los enredos personales creen vulnerabilidades. Reglas que de repente se sienten tan delgadas como el papel con ella de pie tan cerca.

—¿Qué estás haciendo aquí sola? —pregunto en lugar de responder—. Ivan debería haberte escoltado hasta mí.

—Ivan está lidiando con problemas de transporte. El autobús de la compañía se averió. —Su expresión cambia, la vulnerabilidad destella en sus rasgos antes de desaparecer—. Tengo unos minutos de libertad antes de que se acuerde de que existo.

Libertad. La elección de la palabra es reveladora. No conveniencia o retraso, sino libertad, como si su estado normal fuera lo opuesto.

—¿Y elegiste pasar esa libertad conmigo? —No puedo ocultar el escepticismo en mi voz. Las mujeres como ella, hermosas, con contactos, valiosas, no buscan a hombres como yo a menos que quieran algo.

—Elegí darte las gracias —corrige, sus ojos fijos en los míos con una franqueza inesperada—. Por observar.

—Me asignaron para observarte. —El recordatorio es tanto para mí como para ella.

—No de esa manera, no.

La simple afirmación queda suspendida entre nosotros. Tiene razón, y ambos lo sabemos. No la observé como un agente de seguridad observa a un objetivo. La observé como un hombre hambriento de verdad en un mundo construido sobre mentiras.

—Bailas maravillosamente —digo, el cumplido inadecuado para lo que presencié—. Fue…

—¿Honesto? —sugiere ella, con una sonrisa cómplice en los labios.

—Sí. —La admisión sale con facilidad—. Lo único honesto que he visto en toda la noche.

Su expresión cambia, sorpresa, quizás placer al ser comprendida. Da otro paso, el espacio entre nosotros se reduce hasta que puedo sentir el calor que irradia su piel. Debería retroceder. Mantener la distancia profesional. Recordar la misión.

Me quedo perfectamente quieto, mi cuerpo se niega a retroceder a pesar de que mi cerebro grita advertencias.

—¿Sabes qué es lo interesante de ti, Enzo Rosetti? —pregunta, su voz bajando a poco más que un susurro—. Eres el único hombre en este edificio que me ve a mí en lugar de lo que represento.

La observación es incómodamente precisa. Mientras que otros la ven como la hija de Viktor, una posible alianza, un hermoso adorno,

yo he estado observando a la mujer bajo la actuación. Las contradicciones, los cálculos cuidadosos, los momentos de emoción genuina que se abren paso a través de la compostura practicada.

—Quizás simplemente soy mejor en mi trabajo que la mayoría —replico, aunque ambos sabemos que no es eso.

Ella ríe, el sonido genuino y musical. —¿Siempre te escondes detrás del profesionalismo cuando alguien se acerca demasiado a la verdad?

—¿Siempre haces preguntas cuyas respuestas ya sabes?

Su sonrisa se ensancha, apreciando la réplica. —Solo cuando las respuestas me interesan.

Estamos jugando un juego peligroso ahora, rodeándonos con palabras que significan más de lo que deberían. Debería terminar esto, escoltarla hasta el auto que espera, completar la misión. En cambio, me encuentro prolongando el momento, atraído por la inteligencia en sus ojos y el desafío en su voz.

—¿Qué quieres, Anya? —pregunto sin rodeos, cansado de fingir.

La pregunta parece sorprenderla. Lo considera por un momento, su cabeza se inclina ligeramente mientras estudia mi rostro. —Ahora mismo, honestidad.

—¿Sobre qué?

—Sobre si alguna vez rompes las reglas. —Sus ojos se clavan en los míos, sin vacilar—. No mezclas trabajo y placer, ¿verdad? Esa es tu regla. Puedo verlo en cómo te comportas, en lo cuidadosamente que mantienes la distancia.

La observación es inquietantemente precisa.

—No —admito—. No lo hago. Es un riesgo en mi línea de trabajo.

—Un riesgo —repite ella, probando la palabra—. ¿Así es como lo llamas cuando quieres algo que no deberías tener?

La franqueza de la pregunta hace que se me apriete el estómago. No solo está jugando con fuego, está bailando en él, desafiándome a admitir la tensión que se está acumulando entre nosotros.

—Así es como lo llamo cuando los sentimientos personales interfieren con el juicio profesional —digo con cuidado.

—¿Y tu juicio está siendo interferido ahora mismo? —Se acerca más, lo suficiente como para que pueda sentir su aliento contra mi mandíbula—. ¿Es por eso que sigues aquí, hablando conmigo, en lugar de completar tu misión y marcharte?

—Haces preguntas peligrosas.

—Tú das respuestas cuidadosas. —Su sonrisa es cómplice, un poco triste—. Quizás las reglas son el problema, Enzo.

Mi nombre en su boca suena diferente, más suave, más íntimo de lo que tiene derecho a ser. Intento recordar por qué estoy aquí, por qué la distancia profesional importa, por qué cruzar esta línea sería un error. Vidas dependen de que mi juicio permanezca claro, sin las nubes de ese tipo de complicaciones que hacen que la gente muera en nuestro mundo.

—Las reglas mantienen a la gente a salvo —repito, aunque las palabras suenan huecas incluso para mis propios oídos.

—¿A salvo de qué? ¿De vivir? —Extiende la mano lentamente, deliberadamente, y la posa sobre mi brazo. El contacto envía una corriente eléctrica por todo mi sistema, incluso a través de las capas de tela cara—. A veces, lo más peligroso es negarse a correr un riesgo.

Su tacto quema a través del saco de mi traje, sus dedos ligeros pero deliberados contra mi antebrazo. Un punto de contacto tan pequeño, inocente según cualquier estándar, y sin embargo se siente más íntimo que cualquier cosa que haya experimentado en años. No por el toque en sí, sino por la intención detrás de él. La decisión de cruzar el límite que he establecido.

Debería retroceder. Romper el contacto. Recordarle nuestras respectivas posiciones y la naturaleza profesional de nuestra interacción. He pasado años construyendo muros entre mí y este tipo exacto de situación, sabiendo que en nuestro mundo, los apegos personales son debilidades que son explotadas.

En cambio, permanezco perfectamente quieto, cada nervio concentrado en el punto donde su piel se encuentra con la mía a través de la tela. Mi pulso retumba en mis oídos.

—Estás haciendo esto difícil —admito, las palabras más ásperas de lo que pretendía.

—Bien. —Su sonrisa es genuina ahora, cálida y desafiante—. Lo difícil es interesante. Lo difícil significa que realmente estás considerando algo más allá de las reglas.

El pasillo de repente se siente más pequeño, más íntimo bajo el resplandor azul de los paneles de vidrio. El aire entre nosotros parece espesarse, cargado de electricidad. Me obligo a dar un paso atrás, rompiendo el contacto que amenaza mi control cuidadosamente mantenido.

—Tu auto estará esperando —digo, mi voz profesional de nuevo—. Debería escoltarte abajo.

La decepción cruza su rostro, rápidamente reemplazada por la comprensión. Asiente una vez, aceptando el regreso a los roles apropiados. —Por supuesto. El deber llama.

Me doy la vuelta y comienzo a caminar hacia la salida, esperando que me siga a una distancia respetuosa. Bajaremos, se irá con Ivan y este extraño interludio terminará. Mañana le informaré a Rafe, le explicaré que la misión se completó sin incidentes y olvidaré la forma en que se veían sus ojos cuando bailaba como si nadie la estuviera viendo.

Su mano agarra mi muñeca, deteniéndome a mitad de camino. El contacto es firme, deliberado, nada que ver con el toque tentativo de antes. Me vuelvo, formando una pregunta…

Y entonces sus labios están sobre los míos.

El beso golpea como un rayo, inesperado, devastador, imposible de ignorar. Su boca es suave contra la mía, el contacto a la vez gentil y exigente. Sabe a champán y a posibilidad, a cada regla que he hecho siendo sistemáticamente desmantelada.

Por un latido, me quedo congelado, atrapado entre el entrenamiento y el deseo. Años de disciplina luchando contra el calor que se extiende por mis venas. La voz en mi cabeza grita advertencias sobre complicaciones, sobre el juicio comprometido, sobre los peligros que vienen de cruzar líneas que he trazado en piedra.

Entonces algo se rompe dentro de mí, el control se hace añicos como el cristal. Mis manos encuentran su cintura, atrayéndola hacia mí con una urgencia que nos sorprende a ambos. Ella emite un pequeño sonido de satisfacción contra mi boca, su cuerpo fundiéndose con el mío como si perteneciera allí.

El beso se profundiza. Sus manos se deslizan por mi pecho, encontrando la nuca donde sus dedos se enredan en mi cabello. Mi agarre se tensa en su cintura, la seda de su vestido suave bajo mis palmas.

Besa como baila, con total entrega y una fuerza sorprendente. Nada tentativo o calculado, solo deseo puro y honesto. Saboreo su sonrisa contra mis labios, siento la ligera curva de su boca mientras registra mi rendición a este momento.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respirando con dificultad, me encuentro mirando unos ojos que han perdido toda

pretensión de compostura cuidadosa. Cualquier máscara que llevara antes ha sido abandonada por completo. La mujer que me devuelve la mirada es real, sonrojada, ligeramente despeinada y totalmente presente.

—Eso sí —dice en voz baja, su voz ronca de satisfacción—, valió la pena romper una regla.

El pasillo de repente parece más pequeño, el aire más denso. Cada instinto perfeccionado a través de años de disciplina me dice que retroceda, que reafirme el control, que recuerde por qué existen los límites. La gente en nuestro mundo que deja que los sentimientos personales nublen su juicio termina muerta. O peor, hace que maten a otros.

En cambio, me encuentro buscándola de nuevo, atraído por una gravedad que no puedo explicar ni resistir. Su sonrisa se ensancha al ver la decisión en mis ojos, la elección de romper mis propias reglas, solo por esta vez.

—Anya —digo, la palabra casi un gruñido.

—Enzo —responde ella, volviendo a mi espacio—. Deja de pensar tanto.

Esta vez, cuando nuestros labios se encuentran, no hay vacilación.

Solo hambre y calor y el reconocimiento de que lo que sea que suceda a continuación lo cambiará todo.

4 - Enzo

Su mano encaja en la mía mientras la guio por el pasillo vacío, nuestros pasos amortiguados por la gruesa alfombra. El beso en el pasillo había hecho añicos algo dentro de mí, una última barrera de distancia profesional que había mantenido durante años. Ahora todo se siente a flor de piel, expuesto, inevitable.

Abro la puerta sin seguro de una habitación olvidada en la parte trasera del hotel. No la cierro del todo; en parte por la prisa, en parte por saber que el peligro lo intensifica todo. Cualquiera podría entrar. Cualquiera podría ver a la hija de Viktor Mikhailov presionada contra la pared por un sicario de los Rosetti.

Las motas de polvo danzan a la luz de una lámpara mientras la guio al interior. Nos quedamos en silencio por un momento, el peso de lo que estamos a punto de hacer suspendido entre nosotros. La habitación huele a cuero. Paneles de nogal oscuro recubren las paredes, licoreras de bourbon atrapan la luz tenue de antiguas lámparas de latón.

—No hay cámaras —digo, sabiendo que entenderá lo que significa. En nuestro mundo, la privacidad es una moneda más valiosa que el dinero.

Sus ojos se encuentran con los míos, pálidos y luminosos en la penumbra.

—Ni fingimientos —responde ella.

Avanzo hacia ella lentamente, dándole tiempo para retroceder si quiere. No lo hace. En cambio, da un paso adelante, cerrando la distancia entre nosotros con la misma gracia deliberada que he observado toda la noche. Cuando sus manos encuentran mi pecho, siento su calor a través de mi camisa, quemando lo último que quedaba de mi resistencia.

—Esto es un error —digo, aun cuando mis manos encuentran su cintura, atrayéndola hacia mí.

—Probablemente. —Su sonrisa es cómplice, intrépida—. ¿Te importa?

—Ni un carajo.

La confesión queda suspendida entre nosotros por un latido, dos. Entonces capturo su boca con la mía, reclamándola con un hambre que he mantenido a raya toda la noche.

Este beso es diferente del primero, más duro, más exigente. Mis manos se aprietan en su cintura mientras las suyas se deslizan hasta mis hombros, aferrándose con una fuerza sorprendente. Sabe a rebelión y a alivio, a cada regla sobre la que he construido mi vida desmoronándose hasta convertirse en polvo.

La empujo contra la pared más cercana, inmovilizándola con mi cuerpo mientras mi boca explora la suya. Emite un suave sonido de aprobación, con sus manos ahora en mi pelo, tirando lo justo para enviar una descarga eléctrica por mi columna. La seda de su vestido se desliza bajo mis palmas mientras trazo la curva de su cintura, el ligero ensanchamiento de su cadera.

—Te he estado observando toda la noche —gruño contra su oído, mordisqueando el lóbulo—. Déjame mostrarte lo que he querido hacerte.

Ella se estremece, su cuerpo arqueándose contra el mío. —Por favor —susurra, una palabra que incendia mi sangre.

La presiono con más fuerza contra la pared, una mano buscando la nuca de su cuello mientras la otra se desliza para sujetarle el trasero, levantándola ligeramente. Sus piernas se separan, permitiéndome presionar entre ellas; la delgada barrera de nuestra ropa no hace nada por ocultar cuánto la deseo.

Mi boca se traslada a su cuello, saboreando sal y perfume mientras trazo la elegante línea de su garganta. Ella echa la cabeza hacia atrás, ofreciéndome más de sí misma, una rendición que hace que mi verga palpite. Su pulso se acelera bajo mis labios, a la par del trueno de mi propio corazón.

—Princesa —digo contra su piel.

Su risa es suave contra mi oído. —Enzo Rosetti.

Mi nombre en su boca hace que el calor se acumule en la parte baja de mi vientre. Capturo sus labios de nuevo, esta vez con más fuerza, dejando que sienta el filo de mis dientes, la promesa de lo que está por venir. Su respuesta es inmediata, su cuerpo arqueándose contra el mío, buscando fricción, presión, liberación.

La levanto como es debido, con las manos aferradas a sus muslos mientras sus piernas se enroscan en mi cintura. La posición nos pone

cara a cara, nuestros alientos se mezclan mientras la llevo a través de la habitación hasta el gran escritorio de caoba. La siento sobre su superficie pulida, apartando papeles de un empujón, ignorando lo que cae al suelo.

Ella se recuesta sobre los codos, observándome con ardor en la mirada mientras me aflojo la corbata y me desabrocho el cuello de la camisa. El aire entre nosotros se vuelve más denso. Abro sus rodillas con mis manos, colocándome entre ellas, reclamando el espacio que ahora me pertenece.

Mis dedos encuentran el dobladillo de su vestido, deslizándose hacia arriba por la piel suave hasta que alcanzo el encaje de su ropa interior. Contiene la respiración mientras trazo el borde, provocándola sin darle lo que quiere.

—No me hagas esperar —dice, con la voz ronca por la necesidad.

Le bajo el encaje por las piernas lentamente, de forma deliberada, dejando que las yemas de mis dedos rocen su piel. Cuando dejo caer las bragas al suelo, mantengo mis ojos fijos en los suyos. Le subo el vestido hasta la cintura, exponiéndola por completo a mi mirada.

—Jodidamente perfecta —murmuro, contemplando la visión de ella abierta ante mí, húmeda y lista.

Caigo de rodillas, posicionándome entre sus muslos. Sus ojos se abren de sorpresa, y luego se oscurecen cuando se da cuenta de mi intención. Presiono mi boca contra la cara interna de su muslo, dejando un rastro de besos que ascienden sin pausa.

—Enzo —jadea, la palabra mitad súplica, mitad advertencia.

La miro, manteniendo el contacto visual mientras llego a su centro. La primera probada de ella nos hace gemir a ambos. Está empapada, su coño brillando en la penumbra. La trabajo con mi lengua, con caricias deliberadas que hacen que sus muslos tiemblen a cada lado de mi cabeza.

Sus manos encuentran mi pelo, agarrándolo con fuerza mientras sus caderas se mueven contra mi boca. Deslizo un dedo dentro de ella, luego otro, sintiendo cómo se aprieta a mi alrededor mientras los curvo hacia adelante. El sonido que emite es desesperado, primario.

—Más —exige, su control desvaneciéndose con cada caricia de mi lengua—. Por favor, Enzo.

Me pongo de pie, manteniendo mis dedos dentro de ella mientras reclamo su boca. Quiero que se saboree en mis labios, que entienda

lo que me provoca. Ella gime en el beso, sus manos trabajando frenéticamente en mi cinturón, bajándome los pantalones lo suficiente para liberar mi verga.

Cuando sus dedos me envuelven, casi pierdo el control. Me masturba con una fuerza sorprendente, su agarre es perfecto. La llevo hasta el borde del escritorio, posicionándome en su entrada.

—Mírame —ordeno, esperando hasta que sus ojos se encuentran con los míos—. Quiero verte.

Su mirada sostiene la mía mientras me meto en ella, una embestida lenta y deliberada que nos hace jadear a ambos. Está apretada, su coño aferrándose a mi verga como si estuviera hecha para mí. Le doy un momento para que se adapte, observando el juego de emociones en su rostro: placer, sorpresa, hambre.

Entonces empiezo a moverme, marcando un ritmo que hace crujir el escritorio bajo nosotros. Sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura, sus talones clavándose en mi espalda, urgiéndome a ir más profundo. Cada embestida arranca un pequeño sonido de su garganta, mitad jadeo, mitad gemido, una melodía que quiero memorizar.

—Más fuerte —exige, clavándome las uñas en los hombros a través de la camisa—. No me voy a romper.

Le agarro las caderas, inclinándola para que me acoja más profundo; la nueva posición la hace gritar cuando golpeo el punto que hace que sus paredes se contraigan a mi alrededor. El control del que me enorgullezco se deshilacha con cada embestida, el instinto animal tomando el mando mientras reclamo su cuerpo.

—Te sientes tan jodidamente bien —gruño, mis dedos hundiéndose en la suave carne de sus caderas—. Tan jodidamente apretada alrededor de mi verga.

Me corresponde embestida por embestida, tomando todo lo que le doy y exigiendo más. Sus ojos nunca se apartan de los míos; la conexión entre nosotros es más íntima que la unión de nuestros cuerpos. Veo el momento en que empieza a desmoronarse, sus pupilas dilatándose, su respiración entrecortada en jadeos agudos.

—Eso es —gruño, presionando mi pulgar contra su clítoris mientras embisto—. Córrete para mí, Anya.

Su orgasmo la golpea con fuerza, su cuerpo arqueándose sobre el escritorio mientras grita mi nombre. Su coño pulsa a mi alrededor, el calor apretado y húmedo empujándome al límite. Me entierro

profundamente en ella mientras mi propio orgasmo me desgarra, más intenso que cualquier cosa que haya sentido en años.

Durante largos momentos, permanecemos unidos, respirando con dificultad, ninguno de los dos dispuesto a romper la conexión. Sus manos se suavizan en mis hombros, deslizándose hacia arriba para acunar mi rostro. La ternura del gesto me toma por sorpresa, hace que se me oprima el pecho.

—Rompiste tu regla —dice en voz baja, una sonrisa jugando en las comisuras de su boca.

—Valió la pena —respondo, sorprendiéndome a mí mismo por la honestidad. Salgo de ella con cuidado, extrañando ya el calor de su cuerpo—. No eres lo que esperaba, Mikhailov.

—¿Eso es bueno o malo? —La incertidumbre parpadea en su rostro, una vulnerabilidad que parece contradecir su imagen pública y serena.

En lugar de responder, la beso de nuevo, esta vez con más suavidad, tomándome mi tiempo para explorar su boca, para memorizar la sensación de sus labios contra los míos. Cuando me aparto, le coloco un mechón de pelo rubio cobrizo detrás de la oreja.

—Es interesante —digo finalmente—. Y no encuentro muchas cosas interesantes en nuestro mundo.

Ella se desliza fuera del escritorio, arreglándose el vestido con la misma gracia que llamó mi atención horas antes. Algo ha cambiado entre nosotros; el hambre cruda ha dado paso a una tensión más silenciosa, pero no menos peligrosa.

—Nuestro mundo —repite, una sombra cruzando sus facciones—. Qué forma tan agradable de describirlo.

La observo recomponerse, transformándose de nuevo en la mujer serena que entró en la gala, aunque sus labios permanecen hinchados por mis besos, su pelo ligeramente alborotado por mis manos. No puedo leer del todo su expresión. Arrepentimiento, quizás, o miedo.

—Deberíamos irnos —digo a regañadientes, acomodándome y abotonándome la camisa de nuevo—. Antes de que empiecen a buscarnos.

Ella asiente, acercándose para ajustarme la corbata, sus dedos demorándose en mi pecho. —Esta noche fue… —hace una pausa, buscando la palabra correcta—. Inesperada.

—¿En el buen sentido? —me encuentro preguntando, necesitando oírlo.

Su sonrisa es respuesta suficiente, aunque añade: —Muy bueno.

La atraigo hacia mí una vez más, besándola con toda el hambre que aún arde en mis venas. Su cuerpo se funde con el mío, respondiendo con igual fervor. Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos respirando con dificultad de nuevo.

—Dime que te volveré a ver —digo, las palabras escapándose antes de que pueda detenerlas.

La tristeza parpadea en sus ojos. O el arrepentimiento, no puedo distinguirlo. —Mañana me habré ido. De vuelta a San Petersburgo.

Salimos del estudio sin tocarnos, una precaución que se siente vacía después de la intimidad que hemos compartido. Salgo primero al pasillo, comprobando que no haya nadie antes de hacerle una seña. Mi teléfono vibra en mi bolsillo; Rafe, sin duda, preguntándose dónde me he metido. Lo saco, girándome ligeramente para ver el mensaje.

—Cinco minutos —digo, mirándola de reojo—. No te muevas.

Me alejo unos pasos, contestando la llamada. —¿Sí?

—¿Dónde demonios estás? —La voz de Rafe es cortante por la irritación—. Los rusos están preguntando por la hija de Viktor.

—Justo terminando la revisión de seguridad —miento con fluidez —. Bajaremos en dos minutos.

—Que sea uno. Los autos están esperando.

Termino la llamada y me vuelvo hacia donde la dejé, ya formulando lo que le diré a continuación, cómo la convenceré para que me vea de nuevo antes de que se vaya de Nueva York.

Pero se ha ido.

El pasillo se extiende vacío en ambas direcciones, sin rastro del pelo cobrizo o del vestido de seda negro. Me muevo rápidamente, revisando cada puerta, cada hueco. Nada. Es como si se hubiera desvanecido en el aire.

Bajo las escaleras, escudriñando a la gente que queda en busca de algún vistazo de ella.

Rafaele me aparta para que le dé un informe, pero mi mente está en otra parte. ¿Cómo desapareció tan completamente? ¿A dónde fue? ¿Y por qué siento que he perdido algo importante antes de tener la oportunidad de reclamarlo?

Más tarde, solo en mi apartamento, todavía puedo saborearla en mi lengua, sentir el fantasma de su cuerpo envuelto en el mío. El recuerdo me mantiene despierto, inquieto por desear lo que no debería haberme permitido desear en primer lugar.

Solo una vez, me prometo. Solo una noche de debilidad, que olvidaré rápidamente.

Pero incluso mientras lo pienso, sé que es mentira. Anya Mikhailov se me ha metido bajo la piel de una manera que ninguna mujer lo ha hecho jamás. La idea de no volver a verla nunca más se asienta como una piedra en mi pecho.

Sea lo que sea esto, sea lo que sea que haya despertado en mí, está lejos de terminar.

Apenas acaba de empezar.

5 - Anya

La primera luz grisácea de la mañana se filtra a través de las finas cortinas de mi apartamento de Queens. Mis dedos trabajan metódicamente, doblando la ropa dentro de mi maleta. El alojamiento de la compañía en Filadelfia espera mi regreso, pero después de lo de anoche, necesito irme de Nueva York antes de lo previsto.

La noche anterior se siente como un sueño febril. El calor de las manos de Enzo sobre mi piel. El peso de su cuerpo contra el mío. La forma en que me miró como si yo fuera algo precioso, no solo otro cuerpo para usar y desechar.

Y entonces sonó su teléfono.

Recuerdo la breve sombra que cruzó su rostro, la forma renuente en que se apartó. —Cinco minutos —dijo, con la voz áspera por el deseo persistente—. No te muevas.

Cinco minutos fue todo lo que necesité.

Para cuando regresó al pasillo, yo ya estaba en un auto en dirección a Queens, con el corazón martillando contra mis costillas, el fantasma de su tacto todavía ardiendo en mi piel.

Ahora, bajo la fría luz de la mañana, trabajo con una urgencia silenciosa. El reloj de mi mesita de noche marca las 6:17 a. m. Los hombres como Enzo Rosetti tienen recursos, contactos. Si quiere encontrarme, lo hará, a menos que ya me haya ido de la ciudad, de vuelta a la seguridad del anonimato con la compañía de danza.

Mis dedos rozan el satén gastado de mis zapatillas de punta que cuelgan de la pared, el único toque personal en este apartamento temporal que Ivan arregló para mis actuaciones en Nueva York. Las descuelgo con cuidado, las envuelvo en papel de seda antes de meterlas en mi maleta. La danza es la única verdad que he conocido, la única constante en mi complicada vida.

La tabla del suelo cerca del baño cruje cuando la piso. Una sirena ulula en algún lugar a lo lejos. A través de las delgadas paredes,

escucho el ajetreo matutino de la charcutería de abajo, las entregas que llegan, las rejas metálicas que se abren con un estruendo.

—Estás haciendo lo correcto —me susurro a mí misma—. Él quiere a la hija de Viktor Mikhailov, no a una bailarina en apuros que no tiene nada que ofrecer.

Lo de anoche fue un error. Un error hermoso y perfecto que repetiré en mi mente durante años.

Cierro los ojos, recordando cómo se sintió cuando susurró mi nombre contra mi piel. Cómo por un instante brillante, olvidé que estaba viviendo una mentira. Con sus manos en mi cuerpo y sus ojos fijos en los míos, me sentí real.

Pero ¿qué pasaría cuando descubriera la verdad? ¿Que no soy la preciosa hija de Viktor, sino una don nadie con una visa temporal y el mísero salario de una bailarina? ¿Una farsante que se abrió paso hasta su cama con mentiras?

Enzo Rosetti se merece algo mejor. Un hombre como él, fuerte, honorable a pesar de su peligroso mundo, merece a alguien real. No a una mujer que construye su vida a base de fingir.

Mejor irme ahora, mientras el recuerdo entre nosotros aún es perfecto. Antes de que el asco nuble sus ojos. Antes de que vea a través de la ilusión a la mujer corriente que hay debajo.

Cierro la cremallera de mi maleta con firmeza. Mi teléfono vibra en la mesita de noche, un mensaje de Ivan, preguntándose por qué no estoy en el ensayo de las 6 de la mañana. Me sorprende que haya esperado diecisiete minutos enteros para contactarme.

Antes de que pueda responder, el teléfono suena. Ivan. Considero dejar que se vaya al buzón de voz, pero eso solo empeoraría las cosas. Con una respiración profunda, contesto.

—¿Dónde está? —Su voz atraviesa la línea, sin molestarse en saludar. De fondo, escucho los sonidos familiares del estudio de ensayo: notas de piano, el golpeteo rítmico de los pies en la madera.

—Todavía estoy en Nueva York —digo, manteniendo la voz firme —. Pero… planeaba tomar un tren de regreso a Filadelfia a primera hora. No puedo quedarme en Nueva York. Lo siento, simplemente no puedo.

—Inaceptable. Se suponía que debía estar en el estudio a las seis. La gala puede que haya terminado, pero nuestra obligación con Viktor no.

La sola mención de Viktor hace que se me revuelva el estómago. —¿Qué quiere decir?

—Ha hecho arreglos para que varios donantes privados asistan al ensayo de hoy. Gente que quiere verla específicamente a usted después de la actuación de anoche. —Su voz bajó de tono—. Sea cual sea el juego al que esté jugando, termínelo ahora. Tiene responsabilidades.

Cierro los ojos, la culpa mezclándose con la frustración. Cada vez que empiezo a sentirme algo más que un simple cuerpo que puede bailar, la realidad me pone de nuevo en mi lugar.

—No me sentía bien después de la actuación —miento—. Necesitaba descansar.

—Necesita recordar su posición. —El tono de Ivan pasa de la irritación a la pura insensibilidad—. Las bailarinas del cuerpo de baile son reemplazables, Anya. Especialmente aquellas cuyas visas expiran en dos semanas.

La amenaza no es sutil. Mis dedos se aprietan alrededor del teléfono.

—Entiendo —digo, las palabras con sabor a ceniza.

—¿De verdad? Porque su comportamiento sugiere lo contrario. Dejar plantado a su equipo de seguridad en la gala, desaparecer sin permiso, faltar al ensayo… esas no son las acciones de alguien que valora su lugar en esta compañía.

Anoche con Enzo, me sentí poderosa. Deseada. Igual. Ahora, bajo la dura luz de la mañana, Ivan me recuerda exactamente lo que soy: prescindible.

—Estaré allí en quince minutos —digo.

—Más le vale. ¿Y, Anya? —hace una pausa—. Recuerde, las chicas como usted van y vienen. La única razón por la que tiene algún valor para esta compañía es el inexplicable interés de Viktor en usted. No lo desperdicie con este… comportamiento poco profesional.

La llamada termina antes de que pueda responder. Miro fijamente el teléfono, las palabras de Ivan asentándose como pesas sobre mis hombros. Tiene razón, por supuesto. Soy reemplazable. Solo otra bailarina desesperada aferrándose a una visa, al sueño de una vida mejor.

Enzo me había hecho olvidar eso, durante unas horas gloriosas. La forma en que me había mirado, como si yo fuera rara y preciosa, había sido embriagadora precisamente porque era tan desconocida.

Dejo caer el teléfono en mi bolso.

En el baño, me quito los últimos restos de maquillaje, mirando mi reflejo. Piel pálida, ojos cansados, la mujer debajo de toda la farsa devolviéndome la mirada. No una princesa. No especial. Solo Anya Petrova, bailarina del cuerpo de baile, intercambiable con una docena de otras chicas de la compañía.

Mi mirada se detiene, buscando lo que sea que Enzo vio allí. Lo que sea que hizo que un hombre como él me mirara con tanto ardor, con tanta concentración.

—Es mejor ser olvidada que rechazada —le digo a mi reflejo.

Borro el historial de la aplicación de transporte de mi teléfono, eliminando el rastro digital del escape de anoche. Aguantaré el día en ensayos interminables, luego tomaré un tren de regreso a Filadelfia, volveré a la rutina disciplinada de la vida en la compañía, donde conozco mi lugar y las reglas nunca cambian.

La culpa pesa en mi estómago mientras me cuelgo el bolso al hombro. Debería haberle dejado una nota a Enzo. Una explicación. Pero ¿qué podría decir? *Gracias por lo de anoche, pero no soy quien crees que soy. No soy nadie digno de un hombre como tú.*

No. Mejor así. Un corte limpio. Al principio se enojará, luego se sentirá aliviado cuando se dé cuenta de lo que ha escapado.

Echo un último vistazo al diminuto apartamento: la ventana rajada que nunca cerraba del todo, la mancha de humedad en el techo que parecía una bailarina en pleno salto, los ganchos vacíos donde habían colgado mis zapatillas de punta. Por un momento salvaje, imagino una vida diferente. Una en la que me quedo. Una en la que me enfrento a Enzo y le digo la verdad, donde él de alguna manera todavía me quiere a pesar de las mentiras.

Pero los hombres como Enzo Rosetti no quieren a mujeres como yo. Quieren iguales. No a bailarinas que fingen ser alguien que no son.

La puerta se cierra detrás de mí con un suave clic. Cuatro tramos de escaleras, luego la calle. El aire de la mañana me golpea la cara, fresco y húmedo por la niebla temprana. Me ajusto la chaqueta, acomodando mi bufanda para ocultar mi rostro de las cámaras de seguridad al otro lado de la calle.

El peso de las decisiones de anoche presiona mi pecho con cada paso. Cómo sus ojos se habían oscurecido cuando lo besé. Cómo se le

cortó la respiración cuando susurré su nombre. Cómo sus manos se habían movido sobre mi cuerpo con reverencia.

Durante unas horas perfectas, había sido la mujer que él pensaba que era. Fuerte. Digna. Igual a Enzo Rosetti.

Pero la mañana siempre llega, y con ella, la realidad.

Hago una seña a un taxi que se dirige al sur y me deslizo en el asiento trasero.

—A la calle Bernard —digo, mi voz firme a pesar del dolor en mi pecho.

Mientras el taxi se aleja, resisto el impulso de mirar hacia atrás. En cambio, me concentro en lo que está por venir: Filadelfia, la vida en la compañía, una visa renovada, de vuelta a ser la invisible Anya Petrova, bailarina del cuerpo de baile, nada más.

El taxi se incorpora al tráfico de la mañana, alejándome del único hombre que me ha hecho sentir que podría ser más. Lejos del recuerdo de cómo se sentía ser vista, deseada, elegida. Incluso si todo se basaba en una mentira.

Lo imagino encontrando el pasillo vacío anoche. La confusión convirtiéndose en ira. Me pregunto si me buscó. La idea trae tanto terror como una emoción secreta. Nadie ha pensado nunca que valiera la pena la persecución.

Pero incluso si me encontrara, ¿qué pasaría entonces? Un hombre como Enzo nunca querría a alguien tan corriente como yo una vez que supiera la verdad.

El arrepentimiento está ahí, agudo y persistente. Pero no tan agudo como el miedo de ver el deseo en sus ojos convertirse en asco.

Mejor así. Para los dos.

Cierro los ojos mientras la ciudad se desliza por la ventanilla, ya ensayando las disculpas que le ofreceré a Ivan. De vuelta a mi vida real, donde sé cuál es mi lugar y nadie espera que sea nada más de lo que soy.

Todo lo que me queda es el recuerdo de una noche en que Enzo Rosetti me miró como si yo fuera todo lo que siempre había querido.

6 - Enzo

La sala de control zumba con tecnología, en un marcado contraste con los pisos de mármol y los muebles de caoba. Baterías de monitores se alinean en las paredes, y su brillo azul pinta la habitación con una luz fría. El aire se siente viciado por tantos aparatos electrónicos funcionando en un espacio tan reducido. Llevo horas aquí, con las grabaciones de vigilancia repitiéndose en bucle, tratando de entender lo que pasó anoche.

Se desvaneció. Un momento estaba en el pasillo y al siguiente se había esfumado como el humo. Ni rastro en las cámaras, ni registro de su salida. Es como si supiera exactamente cómo desaparecer.

Aprieto la mandíbula mientras veo la grabación de nuevo. Anya Mikhailov se aleja, su cabello rubio cobrizo brilla bajo las luces de seguridad, luego dobla una esquina y... nada. El punto ciego duró siete segundos. Tiempo suficiente para que se escabullera.

—Te estás obsesionando —dice Rafe a mis espaldas, su voz interrumpiendo mis pensamientos.

No me doy la vuelta. —Estoy haciendo mi trabajo. Revisión de seguridad.

—Esa es la decimoséptima vez que ves esa grabación. —Rafe se acerca más y deja caer una carpeta sobre el escritorio. El cuero de sus zapatos cruje contra el suelo—. Muy minucioso para una revisión de seguridad de rutina.

Ignoro la carnada y me concentro en la pantalla. —No cuadra.

—Porque no hay nada que cuadrar. —Rafe se apoya en el escritorio, obligándome a reconocer su presencia—. La chica ya está en un avión de vuelta a Rusia. Misión cumplida. Sigue adelante.

Finalmente lo miro. Los ojos de Rafe tienen esa mezcla particular de preocupación y exasperación reservada para la familia. Lo conozco de toda la vida, he seguido sus órdenes sin dudar. Pero ahora mismo, su presencia me crispa los nervios ya de por sí alterados.

—¿Qué hay en la carpeta? —pregunto, evitando sus preguntas tácitas.

—La razón por la que vine a buscarte. —La empuja hacia mí—. Información interesante sobre nuestros amigos rusos.

Abro la carpeta y examino el contenido. Fotos, transcripciones, registros de vuelo. Se me hiela la sangre cuando las piezas encajan.

—Esto no puede ser cierto —murmuro, aunque sé que la información de Rafe nunca se equivoca.

—La verdadera Anya Mikhailov estaba demasiado borracha para asistir a la gala —explica Rafe con voz neutra—. Viktor usó una doble. Una bailarina de su compañía. Aparentemente, hace esto de vez en cuando, cuando su hija está… indispuesta.

La revelación se asienta pesadamente en mi estómago. No era la hija de Mikhailov. No era de la realeza de la Bratva. Una bailarina, obligada a interpretar un papel.

—¿Sabe Viktor que lo sabemos? —pregunto, luchando por mantener mi tono uniforme mientras la rabia se agita en mi pecho, mis dedos se cierran en puños a mis costados.

—No. Y lo mantendremos así por ahora. —Rafe estudia mi rostro —. La pregunta es por qué te importa.

No respondo de inmediato, analizando las implicaciones. Cada momento que compartimos, cada palabra, cada caricia… ¿algo de eso fue real? ¿O solo estaba interpretando el papel que Viktor le asignó?

—No me importa —digo finalmente, con la mentira amarga en la lengua—. Simplemente no me gusta que me engañen.

Rafe enarca una ceja ligeramente, sin estar convencido. —Entendido. Considérate informado. —Se endereza, dirigiéndose a la puerta—. Y, Enzo, lo que sea que haya pasado anoche, se acabó. Déjalo así.

La puerta se cierra detrás de él con un suave clic.

Me quedo mirando la carpeta, la foto granulada de una mujer saliendo de un ensayo, con el pelo rubio cobrizo atado hacia atrás, un bolso de ballet colgado del hombro. La misma cara, diferente contexto. No Anya Mikhailov, hija de Viktor. Solo una bailarina con la mala suerte de ser lo suficientemente hermosa como para hacerse pasar por una princesa de la Bratva.

La ira llega de repente, quemándome por dentro como un incendio forestal. No con ella. Conmigo mismo. Por romper mi regla,

por permitirme que me importara, por creer aunque fuera por un momento que alguien como ella podría ser diferente.

Golpeo el escritorio con el puño y un dolor agudo me recorre los nudillos. Un momento de debilidad, luego el control regresa. Me enderezo, respiro hondo, compartimentando como me han entrenado para hacer.

Lógicamente, este debería ser el final. Misión cumplida. Seguir adelante, como dijo Rafe.

Pero el recuerdo de ella me persigue. El terror oculto tras la compostura cuando Viktor la tocó. La forma en que bailó, como si finalmente fuera libre de ser ella misma. La vulnerabilidad en sus ojos cuando dijo: «Sin fingir».

¿Fue todo una actuación? ¿O había algo real bajo el engaño?

Vuelvo a los monitores, abriendo una grabación de seguridad diferente, la pequeña zona donde se había preparado para su actuación. La observo transformarse de una bailarina nerviosa a una princesa segura de sí misma, con la máscara deslizándose en su lugar. Pero hubo momentos, momentos reales, en los que esa máscara se resbaló. Cuando me miró como si yo estuviera viendo a la verdadera ella.

Necesito saber qué versión era la real.

—Emilio —llamo, sin molestarme en darme la vuelta. Sé que mi primo está ahí antes de que hable, su reflejo es visible en el monitor oscuro.

—Primo. —Emilio entra de lleno en la sala de control, el olor a colonia cara precediéndolo—. Rafe dijo que podrías necesitarme.

Emilio Rosetti, el mago de la tecnología de la familia, se mueve con gracia casual hacia la estación de trabajo junto a la mía. A diferencia de sus hermanos, que usan trajes de Armani para desayunar, Emilio viste vaqueros y una sudadera con capucha, pero no por eso es menos intimidante. Mientras que yo estoy hecho para la confrontación directa, el poder de Emilio proviene de la información: encontrarla, controlarla, convertirla en un arma. Si alguien puede localizar a un fantasma, es él.

—Necesito que encuentres a alguien —digo, deslizándole la carpeta—. Una bailarina del Ballet Cultural Ruso. Aún no tengo nombre. Solo esta foto.

Emilio echa un vistazo a la foto y luego a mí. A diferencia de Rafe, no pregunta por qué. Eso es lo que siempre he apreciado de él: se

ocupa de la información, no de los juicios.

—¿Plazo? —pregunta, sus dedos ya moviéndose sobre el teclado, los rápidos clics llenando el silencio entre nosotros.

—Ayer.

Enarca una ceja ante la urgencia, pero no comenta nada. —¿Algún conocido?

—Viktor Mikhailov. Actuó en nuestra gala anoche.

El reconocimiento parpadea en los ojos de Emilio. —La doble de la hija de Mikhailov.

Las noticias viajan rápido en nuestra familia. —Sí.

—Interesante. —Teclea rápidamente, las pantallas se llenan con flujos de datos que apenas puedo seguir—. ¿Qué más?

—Bailarina profesional. Rusa, posiblemente con una visa cultural. —Dudo, y luego añado—: Lo suficientemente hábil como para interpretar un solo de *El Lago de los Cisnes*.

Emilio asiente, con expresión concentrada mientras trabaja. —Eso reduce las posibilidades. El Ballet Cultural Ruso tiene dieciocho bailarinas con visas temporales. Solo cinco son solistas.

Observo cómo accede a bases de datos que deberían ser imposibles de penetrar, extrayendo registros de inmigración, horarios de actuación y retratos. La habitación se llena con el suave clic de las teclas y el zumbido de los procesadores trabajando a toda máquina.

—Ahí está —dice después de diez minutos de trabajo en silencio, señalando una pantalla—. Anya Petrova. Bailarina principal del BCR durante tres años. Graduada de la Academia de Ballet Vaganova. Veinticinco años. Renovación de visa pendiente.

Anya. Al menos esa parte no era mentira.

—¿Dirección? —pregunto, mirando el retrato profesional en la pantalla. Tan diferente de anoche. Moño severo, maquillaje mínimo, expresión seria. La bailarina, no la princesa.

—Alojamiento temporal proporcionado por la compañía. Upper West Side. —Emilio saca más información—. Y esto podría interesarte: dos ensayos programados para hoy, uno a las seis de la mañana y el segundo a las tres. En el Lincoln Center.

Reviso mi reloj. Pasa un poco del mediodía. Tiempo de sobra.

—¿Grabaciones de vigilancia? —pregunto.

Una comisura de los labios de Emilio se eleva en lo que podría ser diversión. —¿Quieres verla bailar antes de enfrentarla?

—Quiero saber a qué me voy a enfrentar —lo corrijo, aunque hay algo de verdad en su apreciación. Sí quiero verla bailar de nuevo, vislumbrar a la mujer que vi anoche, la que se movía con una gracia tan honesta.

—Aquí. —Emilio muestra una grabación reciente del estudio de danza—. Del ensayo de ayer.

El video la muestra con ropa de práctica, un leotardo negro, mallas pálidas, el cabello recogido en un moño apretado. Se mueve por el suelo con la misma gracia fluida que presencié en la gala, pero hay algo diferente aquí. En el estudio, rodeada de otras bailarinas, es a la vez más segura y más anónima. Solo una de las muchas artistas talentosas, no una princesa en exhibición.

Pero reconozco la fuerza en sus movimientos, el control, la disciplina. Este es su elemento, donde pertenece. Observo, absorto, mientras ejecuta una serie de giros, cada uno perfecto, preciso.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Emilio, mirándome a mí en lugar de la grabación.

—Encontrarla —respondo, con los ojos todavía en la pantalla—. Hablar con ella.

—¿Solo hablar? —Hay escepticismo en su voz.

Finalmente lo miro. —Necesito saber por qué lo hizo. Por qué mintió.

—Ya sabes por qué. A Viktor Mikhailov no es alguien a quien se le dice que no.

Tiene razón, por supuesto. Las «peticiones» de Viktor son órdenes, respaldadas por amenazas tanto implícitas como explícitas. Probablemente no tuvo elección.

Y, sin embargo, sigue sin cuadrar. La forma en que se me acercó, inició nuestro encuentro. La vulnerabilidad mezclada con determinación. Había algo más en su engaño que simple obediencia a Viktor.

—Hay algo más —digo, más para mí que para Emilio.

La expresión de mi primo cambia, la comprensión se abre paso. —Esto es personal.

No lo niego. No puedo negarlo, no cuando la evidencia de mi regla rota es tan obvia.

—Ten cuidado, primo —dice Emilio en voz baja—. Viktor no apreciará que cuestiones su arreglo. Y a Rafe le preocupará tu juicio.

—No le rindo cuentas a Viktor —respondo, poniéndome de pie y recogiendo la información que Emilio ha reunido—. Y Rafe no tiene por qué saberlo.

Emilio me sostiene la mirada por un largo momento y luego asiente. —La grabación está en tu teléfono. La dirección también. Nunca te vi, nunca tuvimos esta conversación.

—Te lo agradezco.

Cuando me doy la vuelta para irme, Emilio vuelve a hablar. —¿Enzo? Tu regla de no mezclar negocios y placer, siempre pareció que era para protegerte. Evitar que salieras herido.

Me detengo en la puerta.

—Pero te he observado durante años —continúa—. Siguiendo reglas, manteniendo la distancia. Sin dejar que nadie se acerque. Y siempre me he preguntado si la regla te está protegiendo o simplemente te mantiene solo.

Me estremezco ante sus palabras, mi pecho se oprime, pero él no necesita saber cuánto me afecta eso. No respondo, solo salgo por la puerta y dejo que se cierre detrás de mí, tensando la mandíbula.

Tres horas después, me apoyo en el capó de mi auto, el metal todavía cálido contra mis palmas a pesar del aire refrescante de la tarde. El estudio de ensayo está al otro lado de la calle, la luz se derrama desde sus ventanas hacia la creciente oscuridad. El video se reproduce en mi teléfono, Anya Petrova ejecutando giros perfectos llamados *fouettés*, según Emilio. Su rostro es un estudio de concentración, sus ojos pálidos fijos en un punto en el espacio que solo ella puede ver.

La certeza se asienta en mi pecho, pesada y segura. He pasado años siguiendo reglas que se suponía que debían mantenerme a salvo, mantener mi juicio claro, mantener las complicaciones a raya. ¿Y qué tengo para demostrarlo? Una reputación de eficiencia despiadada. Respeto profesional. Y una vida tan controlada que apenas califica como vida.

Una noche con ella rompió todas las reglas sobre las que he construido mi existencia. Y a pesar de las mentiras, a pesar del engaño, a pesar de la ira que todavía hierve bajo mi piel, me sentí más vivo en esas horas de lo que me he sentido en años.

Mintió. Pero me hizo sentir vivo.

Guardo mi teléfono en el bolsillo y me enderezo, con la decisión tomada. No solo la encontraré. La reclamaré. La haré mía de una

manera que Viktor y su mundo nunca podrían. El posesivo del pensamiento me sorprende, pero no lo combato. Por una vez, he terminado de luchar contra lo que quiero.

Al diablo con las reglas. Ahora me pertenece.

7 - Anya

El estudio se queda en silencio mientras la última nota resuena contra los espejos. Mi respiración llena el espacio vacío, fuerte y rápida por el esfuerzo. El sudor me corre por la espalda, empapando la tela delgada de mi ropa de práctica. El pulido piso de madera cruje bajo mi peso mientras mantengo la posición final, con los músculos temblando por el esfuerzo.

Durante estos preciosos minutos, no soy una farsante ni una mentirosa. Solo soy una bailarina, mi cuerpo diciendo verdades que mi boca no puede.

He estado aquí durante horas después de que las otras bailarinas se fueran, llevando mi cuerpo más allá del agotamiento, tratando de bailar para alejar recuerdos que se niegan a desvanecerse. Tratando de olvidar unos intensos ojos grises y unas manos fuertes y la forma en que me hizo sentir vista por primera vez en mi vida.

Las luces de la ciudad brillan a través de los ventanales que van del piso al techo, pintando patrones plateados por todo el estudio vacío. El Lincoln Center de noche siempre se ha sentido como un santuario, los espacios silenciosos llenos solo de los fantasmas de actuaciones pasadas y la promesa de las que están por venir. Sin público, sin expectativas, solo yo, la música y el movimiento.

Bajo los brazos lentamente, girando los hombros para aliviar la tensión. Una noche. Solo una noche desde que huí de él, y ya estoy saltando ante cualquier sombra, escudriñando cada rostro en cada multitud, esperando que aparezca. Una parte de mí espera que me encuentre. Una parte más grande está aterrorizada de que lo haga.

¿Qué le diría siquiera? *¿Perdón por fingir ser una princesa de la mafia para acercarme a ti? ¿Perdón por mentir sobre todo excepto cuánto te deseaba?*

La verdad es patética. La común y corriente Anya Petrova, una bailarina del cuerpo de ballet sin importancia con una visa a punto de expirar, aterrorizada de ser enviada de vuelta a Rusia, donde hombres como Viktor esperan para reclamar a chicas con caras

bonitas y sonrisas obedientes. Nunca fui lo suficientemente valiente para ser honesta. Nunca lo suficientemente especial para mantener interesado a un hombre como él una vez que la mentira quedara al descubierto.

Cruzo hacia la esquina donde espera mi bolso, sacando una toalla para secarme el sudor de la cara. Mis músculos duelen agradablemente, el tipo de dolor que significa progreso. Al menos en la danza, sé quién soy. El aroma familiar a resina y sudor flota en el aire, reconfortante en su constancia.

El suave clic de una pisada detrás de mí me congela en medio del movimiento.

—El estudio está cerrado —digo sin voltear, asumiendo que es el conserje. Mi voz resuena extrañamente en el espacio vacío.

No hay respuesta. Solo el peso del silencio y la punzante conciencia de ser observada.

Bajo lentamente la toalla y me doy la vuelta.

Él está de pie en las sombras, casi invisible en los bordes de la sala, hasta que da un paso adelante hacia la luz. Alto, poderoso, perfectamente inmóvil. Como un depredador que finalmente ha acorralado a su presa después de una larga cacería.

Enzo Rosetti.

Mi corazón golpea contra mis costillas. Se ve diferente bajo las crudas luces del estudio, más peligroso de alguna manera, sin el lustre de la ropa formal. Jeans negros, camisa gris oscura, chaqueta de cuero. La ropa casual no hace nada para disminuir la gracia letal que irradia.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —pregunto, mi voz apenas por encima de un susurro.

Sus ojos nunca abandonan los míos mientras entra completamente en la luz.

—El tiempo suficiente.

Dos palabras, dichas en esa voz baja y áspera que atormenta mis sueños. Dos palabras que me dicen que me ha visto bailar, que me ha visto sin pretensiones, sin mentiras. Siento un hueco en el estómago al darme cuenta de que me ha observado en mi momento más honesto. Y luego se convierte en un abismo al leer la verdad en sus ojos: él sabe.

—Puedo explicarlo —empiezo, el pánico subiendo por mi garganta. Las palabras salen a borbotones más rápido de lo que

puedo controlarlas—. Viktor necesitaba a alguien que se hiciera pasar por su hija por una noche. La verdadera Anya estaba… indispuesta. Ivan dijo que revocarían mi visa si no lo hacía. Solo necesitaba pasar la noche sin que nadie lo supiera. No pretendía que las cosas llegaran tan lejos. Nunca esperé…

—¿Que te atraparan? —interrumpe, dando otro paso más cerca. Su rostro es indescifrable, una máscara cuidadosa que no revela nada de lo que está pensando.

—Conocerte —lo corrijo, retrocediendo hasta que mis hombros golpean el espejo. El cristal frío se filtra a través de mi delgada blusa de tirantes—. Se suponía que debía sonreír y parecer bonita. Eso es todo.

Avanza lentamente, cada paso deliberado, cerrando la distancia entre nosotros con una confianza sin prisas. Me presiono más contra el espejo, como si de alguna manera pudiera atravesarlo para ponerme a salvo.

—Corriste —dice, con la voz tensa por la ira—. Desapareciste.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, cargadas de acusación. Ahora puedo verlo, el dolor debajo de la ira, la confusión debajo del control. Su mandíbula se tensa, el músculo saltando bajo la piel tirante.

—No sabía qué más hacer —admito—. Cuando vi tu mensaje a Rafe sobre bajarme…

—Le estaba diciendo que te estaba acompañando abajo —me interrumpe, con la frustración evidente—. No que te iba a entregar.

—¿Cómo se suponía que iba a saber eso? —La pregunta sale más a la defensiva de lo que pretendía. En mi mente, todavía puedo sentir el pánico de ese momento, la certeza de que mi engaño había sido descubierto—. Eres un Rosetti. Yo no soy nadie. Tan pronto como descubrieras que no era quien pensabas…

—¿Quién eres, entonces? —interrumpe, dando otro paso más. Ahora está lo suficientemente cerca como para que pueda sentir el calor que irradia su cuerpo, oler la sutil colonia que se aferra a su piel —. Dime la verdad. Toda.

Respiro hondo, preparándome para el rechazo. —Mi nombre es Anya Petrova. Soy bailarina del cuerpo de ballet del Ballet Cultural Ruso. Rara vez solista, no principal, solo una de las veinte chicas idénticas con tutús blancos. Viktor Mikhailov es uno de nuestros principales mecenas. Se suponía que su verdadera hija iba a asistir

anoche, pero se emborrachó demasiado para poder hacerlo. Ivan, nuestro director de la compañía, decidió que me parecía lo suficiente a ella como para pasar por una noche.

Las palabras salen más rápido ahora, precipitándose después de haber estado guardadas tanto tiempo. —Mi visa expira en dos semanas. Si no cooperaba, Ivan se aseguraría de que no la renovaran. Si me atrapaban, Viktor se aseguraría de que nunca más volviera a bailar. Solo se suponía que debía sonreír, parecer bonita, no hablar con nadie importante.

—¿Y entonces? —me incita cuando me quedo en silencio, sus ojos nunca apartándose de los míos. Esos ojos que ven demasiado, que despojan de las pretensiones.

—Y entonces te conocí. Y todo cambió. —Encuentro su mirada directamente, de repente sin importarme lo que pase—. Me miraste como si valiera la pena que me vieran. Como si importara. Nadie me había mirado así antes.

Una expresión parpadea en sus ojos, demasiado rápida para identificarla. —¿Así que corriste?

—Así que corrí —acepto, mi voz suavizándose—. Antes de que pudieras descubrir que solo era una don nadie con un nombre prestado.

Se acerca más, lo suficiente como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual. —¿Crees que me importaría?

La pregunta me toma por sorpresa. —Por supuesto que te importaría. Los hombres como tú no pierden el tiempo con mujeres como yo.

—¿Hombres como yo? —Su voz es peligrosamente suave ahora.

—Poderosos. Conectados. Importantes.

Su risa es corta, sin humor. —No sabes nada de mí.

—Sé lo suficiente —replico—. Sé que estás lo suficientemente alto en la familia Rosetti como para que Viktor Mikhailov te considere digno de respeto. Sé que eres lo suficientemente peligroso como para que incluso Ivan estuviera nervioso por ti. Sé que tú…

—Corriste antes de que pudiera decidir —interrumpe, colocando una mano en el espejo junto a mi cabeza. Sin tocarme, pero acorralándome eficazmente—. Antes de que pudiera decidirme sobre lo que quería de ti.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. El ruido del tráfico de afuera se desvanece hasta que no hay nada más que el sonido de nuestra respiración en el estudio vacío.

—¿Y ahora? ¿Ya te decidiste?

Sus ojos escudriñan los míos, intensos e indescifrables. —¿Por qué corriste, Anya? La verdadera razón.

La verdad sube a mis labios antes de que pueda detenerla. —No pensé que me querrías si supieras quién era.

Su expresión se quiebra, el control se desliza para revelar una emoción cruda debajo. —Te deseaba cuando pensaba que eras de la Bratva —dice, cada palabra deliberada y cargada de peso—. Te deseo más sabiendo que mentías.

La confesión me deja sin aliento. —¿Por qué?

Su mano se mueve del espejo para acunar mi cara, el pulgar rozando mi pómulo en un toque tan gentil que hace que me piquen los ojos. —Porque todo lo demás fue real. La forma en que bailaste. La forma en que viste a través de mí. La forma en que te sentiste contra mí.

Me inclino hacia su toque sin querer, mi cuerpo traicionando lo desesperadamente que lo he extrañado. Solo una noche separados, y ya se siente como algo esencial que me han negado.

—No pertenezco a tu mundo —digo, la verdad final entre nosotros.

Su sonrisa es lenta, transformando su rostro hasta que es peligrosamente hermoso. —Bien. Yo tampoco.

Entonces su boca está sobre la mía, y todo lo demás se desvanece. Este beso no es como el primero, tentativo y de prueba. No es como el segundo, hambriento e imprudente. Esto es algo completamente diferente: una posesión, sí, pero también una elección. Sus manos acunan mi rostro como si fuera preciosa, irremplazable, mientras sus labios se mueven contra los míos con una ternura que hace que mis rodillas se debiliten.

Me aferro a sus hombros, anclándome mientras la emoción amenaza con abrumarme. Sabe a café.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respirando con dificultad, él apoya su frente contra la mía.

—No más huidas —dice, no es una pregunta pero tampoco una orden.

—No más huidas —acepto, sintiendo que el dolor apretado en mi pecho finalmente se libera—. No más mentiras.

Su sonrisa se vuelve posesiva, sus ojos se oscurecen.

—Si me vuelves a mentir, arruinaré a cada hombre que te mire —murmura contra mis labios. La amenaza envía un escalofrío por mi espalda que no tiene nada que ver con el miedo—. Pero si eres mía, eres mía. Toda tú. La verdadera tú.

—Soy tuya —susurro, las palabras sintiéndose como libertad en lugar de rendición.

Su beso se vuelve más profundo, más hambriento. Una mano se desliza hacia abajo para agarrar mi cadera mientras la otra se enreda en mi cabello, tirando lo justo para hacerme jadear. Me arqueo contra él, sintiendo su dura erección presionarse contra mí a través de nuestra ropa.

—Te necesito —gruñe contra mi garganta—. Ahora.

—¿Aquí? —Miro alrededor del estudio vacío, la pared de espejos reflejando nuestro abrazo desde todos los ángulos.

—Aquí. —Su voz no admite discusión mientras me hace caminar hacia atrás hasta que mis pantorrillas golpean la barra de ballet—. Quiero verte. Toda tú.

Me levanta con facilidad, sentándome en la lisa barra de madera. La posición me deja abierta, vulnerable, mis piernas separándose para acomodar sus caderas. Sus manos se deslizan bajo mi blusa de tirantes, sus dedos callosos trazando las crestas de mis costillas, la curva de mi seno. Jadeo cuando roza mi pezón, el toque enviando chispas de placer a través de mí.

A diferencia de nuestro primer encuentro, ahora se toma su tiempo. Cada toque es deliberado, exploratorio. Me quita la blusa con manos cuidadosas, sus ojos bebiendo cada centímetro de piel expuesta. Cuando su boca se cierra sobre mi pezón, tengo que agarrarme a la barra para no caerme.

—Hermosa —murmura contra mi piel, el elogio haciendo que me sonroje de placer—. Jodidamente hermosa.

Sus manos se mueven hacia mis leggings, bajándolos junto con mi ropa interior hasta que estoy desnuda sobre la barra, las luces de la ciudad pintando patrones plateados sobre mi piel. El contraste de su cuerpo completamente vestido contra mi desnudez debería hacerme sentir vulnerable, pero en cambio, me siento poderosa, deseada, adorada.

—No podía dejar de pensar en ti —dice, su voz áspera por el deseo mientras da un paso atrás para mirarme—. Toda la noche desde que desapareciste.

Lo busco, necesitando tocarlo, sentir su piel contra la mía. Me permite desabrocharle la camisa, quitársela de los hombros, revelando la extensión musculosa de su pecho, la tinta oscura de los tatuajes que envuelven sus brazos. Trazo los patrones con las yemas de mis dedos, aprendiendo de él a través del tacto.

Cuando alcanzo su cinturón, captura mis muñecas con una mano grande, deteniéndome.

—Todavía no —dice, presionando un beso en mi muñeca interna —. Primero, quiero saborearte de nuevo.

Se arrodilla ante mí, colocando mis piernas sobre sus hombros. El primer toque de su boca contra mi centro me hace gritar, el sonido resonando por el estudio vacío. Su lengua se mueve con una precisión devastadora, encontrando cada punto que me hace temblar.

A diferencia de nuestra primera vez, esto no es solo liberación física. Cada caricia de su lengua, cada agarre de sus manos en mis muslos se siente como una promesa, una posesión, una declaración. Entrelazo mis dedos en su cabello, sosteniéndolo contra mí mientras el placer se acumula, caliente e insistente.

Cuando sus dedos se deslizan dentro de mí, curvándose para encontrar el punto que me hace ver las estrellas, llego al orgasmo con su nombre en mis labios, mi cuerpo arqueándose fuera de la barra.

Antes de que pueda recuperarme, se pone de pie y finalmente se libera de sus jeans. Su miembro se yergue grueso y duro contra su estómago, y la vista me da hambre de nuevo. Se pone un condón con eficiencia practicada, luego me levanta de la barra, colocándome exactamente como quiere.

—Mira —ordena, señalando hacia los espejos que nos rodean—. Quiero que veas lo que yo veo.

Sigo su mirada hasta nuestro reflejo, mi cuerpo sonrojado y desnudo, el suyo poderoso y controlado. El contraste es erótico de maneras que no había imaginado.

Me penetra lentamente, cada centímetro una cuidadosa posesión. Nuestros ojos se encuentran en el espejo mientras se acomoda completamente dentro de mí, la conexión es tan intensa que me roba

el aliento. Esto no es solo sexo. Esto es rendición, aceptación, confianza.

—Mía —gruñe contra mi oído, comenzando a moverse en embestidas largas y profundas que aciertan perfectamente cada vez —. Dilo.

—Tuya —jadeo, respondiendo a cada embestida con mi propio movimiento—. Soy tuya, Enzo.

Su ritmo aumenta, una mano sosteniendo mi peso mientras la otra encuentra mi clítoris, rodeándolo con la presión justa. Nos observo en el espejo, las poderosas líneas de su cuerpo, la forma en que mis piernas se envuelven alrededor de su cintura, el lugar donde nos unimos una y otra vez. Es lo más erótico que he visto en mi vida.

Mi segundo orgasmo se construye más lentamente que el primero, una ola profunda y ondulante que crece con cada embestida de su miembro, cada círculo de sus dedos. Cuando rompe, me sumerge por completo, mi visión se nubla mientras el placer abruma todos mis sentidos.

Él me sigue al borde del abismo, su cuerpo tensándose contra el mío, mi nombre una dura oración en sus labios. Permanecemos unidos durante largos momentos después, su frente presionada contra mi hombro, nuestra respiración disminuyendo gradualmente.

Cuando finalmente levanta la cabeza, sus ojos muestran una vulnerabilidad que nunca antes había visto. Me aparta un mechón de cabello detrás de la oreja, el gesto inesperadamente tierno.

—Ven a casa conmigo —dice en voz baja—. No solo esta noche. Quédate.

La invitación flota entre nosotros, cargada de significado. No se trata solo de sexo o incluso de perdón. Se trata de elegir un futuro, juntos.

—No puedo —susurro, los viejos miedos aflorando a pesar de todo lo que hemos compartido—. La gente como yo no pertenece a tu mundo, Enzo. No soy nadie. Solo una bailarina con una visa a punto de expirar. No sé cómo desenvolverme en la vida que tú vives.

Él estudia mi rostro, su expresión seria. —¿Crees que no veo quién eres? ¿Lo que vales?

La pregunta me hace un nudo en la garganta. —No soy nadie importante.

—Lo eres para mí. —Su voz es firme, no admite discusión—. Y eso te hace importante para los Rosetti.

—Tu familia no aceptaría a alguien como yo —digo, expresando mi miedo más profundo.

—Mi familia valora la lealtad, el coraje y la fuerza —dice, su pulgar trazando mi labio inferior—. Mostraste las tres cuando estuviste en ese salón de baile rodeada de depredadores. Cuando actuaste perfectamente a pesar de tu miedo. Cuando fuiste honesta conmigo ahora, sabiendo lo que podría costarte.

Niego con la cabeza, incapaz de creer lo que sugiere. —Pero mentí…

—Sobreviviste —me corrige—. Hay una diferencia.

—No es tan simple…

—Sí es tan simple —interrumpe, sus manos apretando mi cintura —. Nadie pertenece a este mundo, Anya. Es brutal y frío, y se lleva todo lo bueno hasta que no queda nada. Pero te protegeré con mi vida. La familia te protegerá. Mataré a cualquiera que diga que no perteneces a mi lado.

La feroz declaración debería asustarme, pero en cambio, hace que esa frágil esperanza en mi pecho se haga más fuerte. —¿Harías eso? ¿Por mí?

—He roto todas las reglas por las que he vivido por ti —dice simplemente—. Traerte a mi familia, darte un lugar al que perteneces, eso ni siquiera es una elección. Es inevitable.

Busco en su rostro, buscando cualquier señal de duda o vacilación. No hay ninguna. Solo certeza absoluta, una decisión ya tomada.

—¿Cómo sería eso? —pregunto, la pregunta práctica sintiéndose pequeña ante la magnitud de lo que ofrece—. No sé cómo ser parte de una familia como la tuya.

Su sonrisa es inesperada, transformando su rostro. —Serías mía. Bajo mi protección, parte de mi mundo. Tus problemas de visa desaparecerían. Podrías bailar sin miedo. Nadie te tocaría, amenazaría o usaría de nuevo. —Acaricia mi mejilla con el pulgar—. Y yo estaría allí, en primera fila de cada actuación, viéndote hacer aquello para lo que naciste.

La imagen que pinta es tan hermosa que duele. Una vida sin miedo, sin fingir. Una vida en la que puedo ser solo Anya, y eso es suficiente. Un lugar al que pertenecer.

—Viktor no estará feliz —digo, una última protesta—. Cuando descubra que me hice pasar por su hija…

—Deja que yo me preocupe por Viktor. —Su confianza es absoluta, no admite discusión—. Mi familia tiene formas de lidiar con los problemas. Di que sí, Anya. Elígeme. Elígenos.

La enormidad del momento me inunda, este hombre peligroso y hermoso ofreciéndome todo lo que siempre he querido y nunca creí que podría tener. Protección. Seguridad. Pertenencia. Familia.

—Sí —susurro, sintiendo que las lágrimas me pican detrás de los ojos—. Sí, te elijo a ti.

La sonrisa que se dibuja en su rostro es como un amanecer, brillante y transformadora. Me besa de nuevo, este beso es un sello en nuestra promesa, nuestro futuro. Cuando nos separamos, me ayuda a recoger mi ropa, sus manos suaves mientras me ayuda a vestirme. Cada toque se siente diferente ahora, cargado de significado, de futuro.

—Llévame a casa —digo cuando estoy vestida, lista para dejar atrás la vida que nunca me ha encajado del todo.

Toma mi mano, entrelazando nuestros dedos como si nunca tuviera la intención de soltarme. Y mientras salimos del estudio, fuera de mi antigua vida y hacia la nueva como la mujer de Enzo Rosetti, me doy cuenta de que al encontrarlo, he encontrado lo que he buscado toda mi vida.

Un lugar al que pertenecer. Una persona a la que pertenecer.

No más huidas. No más mentiras. Solo nosotros, imperfectos y reales, eligiéndonos a pesar de todo.

Es más que suficiente. Es todo.

8 - Epílogo: Enzo

Ocho meses. Es el tiempo que Anya lleva siendo mía oficialmente. Ocho meses despertando con su cabello rubio cobrizo sobre mi almohada, ocho meses viéndola estirarse cada mañana con esa perfecta disciplina de bailarina, ocho meses de una calidez que nunca pensé que merecería.

Las cenas de los domingos en la casa principal ya se han vuelto una rutina. La nonna Toni insiste y nadie le discute a la nonna, ni siquiera yo.

Me ajusto la corbata mientras entramos por la puerta principal, con la mano de Anya metida en la mía. Ella todavía se mueve con esa gracia inconfundible, fluida y precisa, pero el miedo que una vez ensombreció sus ojos ha desaparecido. Ahora pertenece a este lugar, algo que ni siquiera yo podría haber predicho aquella primera noche en la gala.

—Llegan tarde —dice la nonna desde la cocina; el intenso aroma a ajo y tomate inunda el aire—. Vengan a besar a su abuela.

Anya sonríe y suelta mi mano para dirigirse a la cocina. —Fue mi culpa, nonna. La compañía tuvo un ensayo extra hoy.

La sigo y observo cómo abraza a la anciana con genuino afecto. La escena todavía me toma por sorpresa a veces: esta delicada bailarina que se abrió paso en nuestro mundo a base de mentiras, ahora totalmente aceptada por la mujer más exigente de la familia.

El comedor bulle con un caos familiar. Domenico está de pie cerca de la ventana, con el teléfono en la mano, sin duda manejando alguna crisis. Su cabello castaño oscuro está perfectamente peinado, sus ojos verdes examinan la habitación con la vigilancia constante de un hombre que carga con el peso de un imperio. Carmela pone la mesa, regañando a Leo por tomar una aceituna de uno de los platos de antipasto.

—Qué bueno que te nos unes —dice Matteo, dándome una palmada en el hombro al pasar. La moneda de plata gira entre sus dedos, atrapando la luz en su movimiento. Su cabello rojizo cae

descuidadamente sobre su frente, con una sonrisa con hoyuelos firmemente en su lugar—. Oí que te harás cargo de la seguridad del club el próximo mes.

Asiento. —Idea de Dom. Dice que necesito ser más visible ahora que tengo esposa.

La palabra todavía se siente extraña en mi lengua. Esposa. Ahora es Anya Rosetti; firmamos los papeles el mes pasado en una pequeña ceremonia que, de alguna manera, se convirtió en una celebración de tres días. Yo quería algo tranquilo, pero la familia tenía otras ideas.

—Esposa —repite Matteo, negando con la cabeza con una decepción exagerada—. Nunca pensé que vería este día. Enzo Rosetti, doblegado por una bailarina.

—Movida inteligente —comenta una voz profunda detrás de mí—. Ya era hora de que alguien hiciera de él un hombre de bien.

Me giro para encontrarme con Rafe, el principal sicario de la familia y mi superior directo. Su nariz rota le da carácter a su atractivo rostro, una sombra de barba oscura permanentemente grabada a lo largo de su mandíbula. A esos ojos azul hielo no se les escapa nada, especialmente la debilidad.

—Mira lo que trajo el viento —digo, saludándolo con la cabeza—. Creí que te quedabas en Chicago.

La sonrisa de Rafe no llega a sus ojos. —El negocio terminó antes. Algunas negociaciones concluyeron de forma más permanente de lo esperado.

No pido detalles. En nuestro mundo, las «negociaciones permanentes» solo significan una cosa, y Rafe siempre ha sido particularmente hábil para hacer desaparecer los problemas.

—El tío Sal te quiere en la oficina principal mañana —le digo—. Algo sobre un nuevo territorio.

—Siempre trabajo con papá —murmura Rafe, tomando un largo trago de whisky. Su mirada recorre la habitación y se posa brevemente en Anya antes de continuar. No es una falta de respeto, solo está evaluando—. ¿Cómo te trata la vida de casado?

—Mejor de lo que merezco —respondo con sinceridad.

—No dejes que te engañe —dice Anya, apareciendo a mi lado con dos copas de vino. Me entrega una y sus dedos rozan los míos de esa manera deliberada que tiene—. Sigue de mal humor por las mañanas y trabaja demasiado.

Rafe se ríe, un sonido sorprendente viniendo de un hombre con su reputación. —Parece que Enzo no ha cambiado en absoluto. —Levanta su vaso en un brindis burlón—. Algunos de nosotros somos lo suficientemente listos como para conservar nuestra libertad. Sin ofender, hermosa.

—No me ofendo —responde Anya con una sonrisa que deja claro que puede ver a través de él—. Estoy segura de que algún día llegará la mujer indicada y arruinará tu vida también.

La puerta principal se abre, dejando entrar una ráfaga de aire otoñal y a los gemelos. Emilio entra primero, su cabello negro más corto que la última vez que lo vi, sus ojos grises escanean inmediatamente la habitación de esa manera calculadora que tiene. El genio tecnológico de la familia, conocido como «el Fantasma» por una buena razón: su habilidad para colarse en la seguridad digital no deja rastro. Matteo lo sigue, su presencia más extravagante es un marcado contraste con la energía contenida de su gemelo.

—Perdón por llegar tarde —anuncia Matteo, quitándose las gafas de sol—. Algunos de nosotros tenemos citas de verdad que atender.

—Quiere decir que estaba con una rubia en Tribeca y no podía despegarse de ella —aclara Emilio con una sonrisa socarrona, sosteniendo dos botellas de tinto—. El favorito de la nonna, para disculparnos.

—Sobornando a la jefa —bromea Dom desde el otro lado de la habitación, su voz con esa autoridad natural que hace que incluso los comentarios casuales suenen como directivas—. Hombre listo.

La habitación se reacomoda para dar cabida a los recién llegados; las conversaciones fluyen entre los miembros de la familia. Observo cómo se acerca Leonardo, su salvaje cabello rojo oscuro apenas contenido, sus ojos color avellana brillan con esa intensidad siempre presente que hace que la gente lo ame o lo tema.

—La bailarina que domó a la bestia —dice, besando la mejilla de Anya—. Todavía no sé cómo lo lograste. Teníamos una apuesta sobre quién cedería primero, si Enzo o su regla de «no mezclar negocios con placer».

—¿Quién ganó? —pregunta Anya, apoyándose ligeramente en mi costado.

—La nonna —ríe Leo—. Dijo que lo tendrías comiendo de tu mano antes de Navidad.

—Mujer lista —comento, y luego agrego con una sonrisa deliberada—: A diferencia de ciertos exaltados que ni siquiera pueden mantener la compostura en la mesa.

Sus ojos brillan exactamente como esperaba, esa rápida oleada de ira que ha hecho a Leo tan peligroso como predecible. —Cuidado, primo. Solo porque estés domesticado no significa que no te vaya a patear el culo.

—Muchachos —advierte la nonna desde el umbral de la puerta, con una cuchara de madera en la mano como si fuera un arma.

Leo nos estudia por un momento, la ira se desvanece tan rápido como apareció. —A mí nunca me va a pasar —declara con su típica bravuconería—. Algunos no estamos hechos para toda esa rutina de «felices para siempre».

—Eso es lo que Enzo solía decir —grita Matteo desde el otro lado de la habitación, con esa maldita moneda todavía bailando entre sus dedos—. Ahora míralo. Domesticado.

—Cuidado —advierto, aunque no hay verdadera molestia en mi voz—. Todavía soy peligroso.

—Solo para los hombres que miran a su esposa —agrega Dom, uniéndose a nuestro círculo con la confianza natural de un hombre nacido para liderar—. El resto de nosotros somos libres de disfrutar nuestra soltería sin complicaciones.

—La cena está lista —anuncia la nonna, y la familia gravita hacia la enorme mesa que ha albergado las reuniones de los Rosetti durante décadas.

Tomo mi asiento junto a Anya, observando cómo conversa fácilmente con Carmela al otro lado de la mesa. La comida aparece en oleadas: platos de antipasto cargados de aceitunas, prosciutto y mozzarella fresca; pasta nadando en la salsa secreta de la nonna que tiene toques de albahaca y vino añejo; ternera tan tierna que se deshace al toque de un tenedor. La mesa se silencia con el tipo de caos confortable que solo se da con buena comida y familia.

El intenso aroma a ajo y orégano se mezcla con las notas afrutadas de un vino caro. Los tenedores tintinean contra la porcelana y murmullos ocasionales de apreciación salpican la comida. Así es como se comunican los Rosetti: a través de la comida, de la presencia, del simple acto de reunirse a pesar del peligro que nos sigue a todas partes.

Salvatore se sienta a la cabeza de la mesa, observando su imperio con silenciosa satisfacción, su esposa Gianna a su lado. Su mirada se encuentra con la mía brevemente, la aprobación evidente en el leve asentimiento que me da. No solo por traer a Anya al redil, sino por encontrar algo que valga la pena proteger más allá de la obligación familiar.

—Un brindis —dice Dom de repente, levantando su copa—. Por la familia, tanto la de sangre como la elegida.

—Y por Enzo —añade Rafe con una rara sonrisa—, por demostrar que hasta el más duro de nosotros puede caer. Que Dios se apiade del resto.

Las risas se extienden por la mesa, pero hay algo debajo de ellas, un reconocimiento de que, en nuestro mundo, encontrar algo real es lo suficientemente raro como para celebrarlo, incluso mientras se burlan de ello.

Debajo de la mesa, la mano de Anya encuentra la mía; sus dedos se entrelazan con un agarre que habla de permanencia. De pertenencia.

Nunca creí en pertenecer a ningún lugar. Mi papel siempre fue en las sombras, manejando problemas sin apegarme. Ahora miro alrededor de esta mesa a mis primos, la violencia controlada de Rafe, el liderazgo calculado de Dom, el genio digital de Emilio, la fachada carismática de Matteo y la pasión volátil de Leo. Se mantienen distantes, convencidos de que no necesitan nada más que la lealtad familiar y el placer ocasional.

Pero ahora sé que se equivocan.

—Estás pensando muy fuerte —susurra Anya, acercándose lo suficiente como para que su aliento caliente mi oreja.

—Solo me pregunto cuál de ellos será el siguiente —respondo en voz baja.

Su sonrisa guarda secretos que ambos conocemos. La bailarina que fingió ser una princesa de la mafia, ahora una verdadera reina por derecho propio. La mentira que de alguna manera se convirtió en lo más honesto de mi vida.

—Apuesto por Rafe —susurra con una perspicacia sorprendente —. Los que más lo niegan son los que caen más fuerte.

Y esa es la verdad que ancla todo lo demás. En una familia construida sobre poder y secretos, ver a alguien con claridad es el regalo más raro de todos.

Mientras la cena de domingo se convierte en conversaciones vespertinas, con la nonna sirviendo a la fuerza tiramisú y cannoli mientras Dom discute negocios en cuidadosos susurros con el tío Sal, observo a Emilio encorvado sobre su teléfono mientras Matteo entretiene a Carmela con alguna historia extravagante. Leo discute apasionadamente sobre algo que hace que sus manos gesticulen salvajemente, con los ojos color avellana destellando. El caos normal de la familia, que nunca valoré hasta que se expandió para incluirla a ella.

Se burlarán de mí por ablandarme, por romper mis propias reglas, por convertirme en lo que juré que nunca sería. Que lo hagan. Todavía no saben lo que yo he descubierto.

Me equivoqué aquella primera noche. Algunas complicaciones valen cada riesgo.



Gracias por acompañar a Enzo y Anya.

Él nunca debió sentir. Ella nunca debió ser real. Pero entre una mentira y un giro, una bailarina y su guardaespaldas reescribieron su propio final.

¿Lista para el próximo Rosetti?

Leonardo Rosetti no se enamora—él lucha. Temperamental, peligroso y cerca del trono de Nueva York, Leo acaba de reclamar a su esposa como si fuera territorio.

Lástima que ella no sea del tipo obediente.

Empieza Wicked Lies, el primer libro de la serie Rosetti Family—donde la lealtad lo es todo, el amor es una debilidad y Eleanor está a punto de demostrar lo contrario.

x Pia